This volume was digitized through a collaborative effort by/ este fondo fue digitalizado a través de un acuerdo entre:

Ayuntamiento de Cádiz

www.cadiz.es

and/y

Joseph P. Healey Library at the University of Massachusetts Boston
www.umb.edu





38
2
7(25)

Año 18. DICIEMBRE 4 DE 1859. NUM. 48.

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.° de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscricion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION.)

X.

CARIDAD.

La señora Antonia empujó la puerta de su boardilla, que habia dejado entornada, y entró en ella con su marido y Malvina.

Si no habeis estado, lectores mios, en una boardilla de Madrid, no podreis tener una idea exacta de lo que son las boardillas, pues las de provincias se diferencian mucho de estas.

Mas en las boardillas de la corte hay tambien sus categorías y la de la calle de San Bernardino, á donde os he conducido, era una de las peores de la coronada villa, es decir, de las peores del mundo.

Figuraos un camarachon de diez pies cuadrados y cuyo techo que empieza ya muy bajo junto á la puerta, vá descendiendo progresivamente hasta tocar al suelo por el estremo opuesto: figuraos tambien en este estremo una ventanilla, abierta en el mismo suelo y que dá á un espacioso tejado, paseo de todos los gatos de la vecindad; mas, por lo mismo, muy limpio de ratones y sabandijas.

Este tejado además tenia, preciso es confesarlo, un aspecto muy alegre: las lluvias habian tapizado de un tupido musgo sus anchas tejas y habian hecho nacer en las uniones algunas yerbas.

Pero no era nada de esto lo que le prestaba el mayor de sus encantos, sino la habilidad del señor Martin y el cuidado y la paciencia de su esposa.

Todo el espacio que daba frente á la ventanilla de la boardilla y formando un cuadro como de tres varas, se veia cubierto con unos cucuruchos ó gorros de estera, primorosa y sólidamente cosidos con bramante.

Aquello era una especie de tosco invernadero: durante las horas de sol la señora Antonia iba levantando los aparatos de estera é iba apareciendo un verdadero huerto.

En los dos primeros surcos que formaban las tejas, habia colocado el señor Martin espesas capas de tierra, traida de los campos en los paseos que daba con su esposa durante las tardes de los dias festivos: allí habia plantado maiz, judías, lechugas y lentejas.

Este huertecillo estaba cercado y ensanchado por cuatro cajones de madera comprados en el Rastro. (1)

Estos cajones contenian peregil, yerba-buena, geraneo de rosa y sándalo, esa hermosa planta cuyo aroma y verdor duran tanto tiempo y son respetados por el rigor de las estaciones.

Habia además delante de la ventana cuatro macetas de barro con resedá, mejorana, ajedrea y torongil, pero tan frondosas y lozanas que hacian olvidar se estuviese en el mes de Enero.

La ventana se cerraba con su correspondiente puerta de madera y además con una cortina de bayeta encarnada, hecha de la parte mejor de una basquiña vieja de la señora Antonia, y á su lado se veia la cama de los esposos, grande, alta, mullida y cubierta con una colcha de indiana oscura con fleco blanco.

Aquella hermosa cama, sin embargo, constaba solo de un tablado con sus bancos de pino pintados de verde; de un colchon y de un gergon, cuya tela de estopa habia hilado la señora Antonia de recien casada: este gergon estaba tan relleno de paja fresca, que parecia lucir toda su obesidad, inspirado por el benéfico deseo de disimular la tísis del colchon que le hacia compañía.

En efecto, este no podia ser mas delgado; pero si hubiérais levantado las sábanas de blanco lino, perfumadas con espliego, las dos mantas de algodon y la colcha de indiana, os hubiérais enamorado de su limpieza y del esmero con que estaba zurcido en mil partes.

Volvia sobre la colcha un gran doble la sábana de encima, guarnecida con una tira de picos de punto de aguja, y coronaban el lecho dos almoha-

(1) Sitio donde se venden en Madrid toda clase de ropas, muebles y trastos viejos á los precios mas ínfimos.

R-1423

das de tela de algodon blanquísima y orladas de una guarnicion como la de la sábana.

Sobre la cabecera del lecho se veia un gran crucifijo de yeso, un cuadro de nogal que encerraba una estampa de la Vírgen de la Almudena y una pilita de barro con agua bendita, y debajo de todo esto una pequeña palma, tambien bendita, sujeta á dos clavos con dos lacitos de cinta de color de rosa.

Enfrente del lecho habia una mesita de pino pintada de oscuro, cubierta con un tapete de la misma indiana de la colcha y guarnecida con los mismos picos.

Sobre la mesa se veia una urnita de vidrios, unidos con cintas azules, en cuyo fondo se veia á Santa Teresa de Jesus rezando en su celda.

La señora Antonia, que habia sido cocinera de un convento antes de casarse con el señor Martin y que aun seguia siendo mandadera del mismo, habia recibido aquella urna como regalo de las religiosas, y preciso es confesar que estaba trabajada con un primor admirable, advirtiéndose una propiedad sin igual en los detalles.

A los dos lados de la urna habia dos candelabros de estaño con dos velas de sebo que rodeaban unas arandelas de papel recortado.

Habia además en el aposento un gran arcon, ennegrecido por el tiempo, cuatro sillas de pino iguales y otra mas baja que sostenia el cesto de la calceta de la señora Antonia y estaba colocada junto á la ventana.

A los pies del lecho habia una puertecita cubierta con una cortina de algodon blanco.

Allí estaba la cocina ó mas bien un estrecho retrete que servia de tal con su fogon de ladrillos, su vidriado resplandeciente de limpieza y su alacena.

El señor Martin colocó el cesto de su labor y su esposa alzó la cortina blanca, aumentándose instantáneamente el delicioso olor á tortilla que salió de la cocina.

—Tienes color de frio, pobrecita, dijo despues á Malvina: vaya, acércate al fuego; somos demasiado pobres para tener brasero, pero aquí en la hornilla podrás calentarte las manos.

—Gracias, señora Antonia; contestó la niña: no puedo detenerme porque ya os he dicho que las señoritas estarán á oscuras y no podrán trabajar.

—Qué buena es! esclamó la señora Antonia mirando á su esposo: ¡quién habia de decir, cuando vivian sus padres, que habia de ser tan infeliz!

—Es verdad! Habeis tenido la dicha de conocer á mis padres! dijo Malvina á la anciana.

—Sí, hija mia; muchos años han vivido en el cuarto segundo de esta casita inmediata: eran dos jóvenes muy buenos y hacian una vida ejemplar: tu padre era pintor, tu madre bordaba primorosamente y ayudaba á su marido á ganar el pan: la pobre Mercedes era muy hermosa, y en esto no te pareces á ella.

Estas crueles palabras no hirieron el corazon de la infeliz jorobada, que estaba pendiente, por decirlo así, de los labios de la señora Antonia, como siempre que esta hablaba de sus padres, que lo hacia con mucha frecuencia.

Malvina repuso con acento triste:

—Nunca me canso de oiros hablar de mis padres, señora Antonia: aun los recuerdo yo; pero así, como se recuerda un hermoso sueño: me parece que los veo todavía, á mi padre pintando paises de abanico, á mi madre bordando á la luz de su lámpara, sentada junto á la misma mesa en que mi padre trabajaba. Tambien recuerdo la cuna en que me acostaban, tan blanca, con sus almohaditas de encaje y sus cortinas recogidas con lazos azules!

—Pues de bien pequeñita los perdiste, hija mia, dijo la señora Antonia encendiendo su velon, pues ya no se veia nada en la boardilla.

—Apesar de eso, señora Antonia, los recuerdo muy bien.

—Aun recordarás mejor los malos tratamientos que te daba la malvada de tu tia cuando fuiste á su poder.

—Me acuerdo menos de eso que de mis padres, respondió Malvina: yo tengo la dicha de olvidar muy pronto el mal que me hacen: además no podré olvidar jamás que mi tia consintió en que viniese á vivir con mis buenas señoritas, que son tres ángeles.

—Sí, como dice mi mujer, son tres palomas sin hiel; observó el señor Martin, que habia colocado la luz en una mesilla y se habia puesto á trabajar.

—Lo cual no quita, añadió la señora Antonia, que esta pobrecita pase hambre y frio con ellas y no gane un cuarto; al menos su tia, la almacenista de bordados, es rica.

—¡Ay Dios mio! Tienen las señoritas dinero que darme? Mi tia, para cuya casa trabajan, les paga muy mezquinamente sus labores; en cuanto al hambre y al frio, ellas lo pasan tambien; además, señora Antonia, me daría vergüenza tomar dinero por lo poco que las sirvo: prefiero vestirme con lo que ellas dejan... mirad esta esclavina que ha sido de la señorita Ofelia y que con tanto primor ha arreglado para mí.

—Si no te pareces á tu madre en el cuerpo, te pareces á ella en el alma: dijo la buena anciana mirando conmovida á Malvina; pero, añadió, es muy tarde, tú estarás haciendo falta: dame la cestita y te pondré cuatro huevos frescos que me han dado hoy las señoras religiosas, una tacita de miel blanca, que tambien me han regalado y estas dos velas de mis candeleros, pues no tengo otras.

—Pero señora Antonia, vais á dejar sin miel al señor Martin cuando tanto le gusta?

—Las señoras le guardan siempre y ya la comerá otro dia.

—Y dejais los candeleros sin velas?

—Mañana le pagarán á Martin los zapatos que está concluyendo y compraré otras; eso sí, que á mí me gusta tenerlo todo *aparente*; pero hoy nadie lo ha de ver ya.

—La señora Antonia colocó en la cesta de Malvina los huevos, la taza con la miel y las velas que sacó de sus candeleros de estaño, cuidando mu

cho de no echar á perder las arandelas de papel.

—Dios os pague vuestra caridad, señora Antonia, dijo la jorobada ya en el umbral de la puerta.

—Vaya, hija, que él te acompañe; repuso la buena anciana; pero espera á que te alumbre.

—Nó, que se vá á quedar á oscuras el señor Martin, contestó la niña; dejando la puerta abierta veré á bajar la poca escalera que hay.

Malvina, despues de decir esto y de dar las buenas noches á los ancianos, bajó ligeramente la escalera; pero aun oyó decir á la señora Antonia:

—Vamos á cenar, Martin; despues acabaré yo la calceta y tú los zapatos, y mañana podré comprar un buen cuarto de gallina para esa pobre señorita Ofelia que está tan delicada.

XI.

UN NIDO DE PALOMAS.

Malvina llegó al piso situado debajo de la boardilla del zapatero, que era otra boardilla con menos escalera y algo mas capaz y mejor acondicionada.

La puerta era muy estrecha y su pintura, que parecia reciente y estaba brillante como la caoba bruñida, contrastaba tristemente con la fealdad de la angosta escalera de yeso que ni aun pasamanos tenia.

La casa no constaba de mas pisos que el ocupado por las jóvenes y la boardilla del zapatero: el terreno interior se habia invertido en grandes almacenes que el dueño de la casa tenia llenos de madera y cerrados con llaves que guardaba en su poder.

A pesar de la fealdad del patio, de lo estrecho, húmedo y oscuro de la escalera y de lo ennegrecido de las puertas de los almacenes, la casa tenia en su interior un aspecto risueño, gracias al hermoso y nuevo vestido de cal con que se habian engalanado las paredes.

Malvina llamó suavemente y al instante se oyeron unos pasos ligeros y el roce de un vestido al arrastrar por el suelo.

—Soy yo, señorita, dijo la niña antes de que preguntasen.

La puerta se abrió y una esbelta figura apareció en el umbral.

—Cuánto has tardado, Malvina! dijo con dulce voz la persona que habia abierto.

—Señorita, hace un frio que.....

—Y nosotras sin luz para trabajar! Nos has hecho mucho daño, Malvina, porque nos faltará tiempo aunque velemos toda la noche, y ya sabes que mi pobre hermana no puede atarearse áun.

—Voy á encender corriendo el velon, señorita María; dijo Malvina, entrando por una puertecita que habia á la izquierda.

Un instante despues salió con un veloncito de hoja de lata en la mano, que brillaba como si fuera de plata y entró en una estancia cuya puerta estaba situada frente á la de la escalera.

Un pintor hubiera deseado tener ante los ojos el cuadro que se ofreció á la vista de Malvina para inspirarse en la belleza infinita.

La jorobada colocó la luz en un veladorcito que se veia en el centro y la estancia se iluminó aunque débilmente.

Esta era reducida y estaba muy pobremente alhajada; pero todo en ella respiraba el encanto del órden, de la limpieza y de yo no sé qué sencilla y apacible elegancia.

En el fondo, dos grandes alcobas contenian la una dos lechos cubiertos de blanco y velados entre cortinas blancas tambien, y la otra un lecho igual y una mesa-tocador, cubierta y adornada con cortinas de muselina.

En la salita habia dos cómodas de madera pulimentada, y sobre cada una de ellas una graciosa librería da la misma madera, llenas ambas de libros bien encuadernados.

Cuatro columnas, de muy buen gusto y de bastante altura, servian de rinconeras, sosteniendo cada una de ellas una escultura que representaban los cuatro elementos: estas esculturas de bronce antiguo, eran tambien de una rara belleza artística y parecian restos de una opulencia, á la cual habian ido unidos un gusto esquisito y un gran sentimiento de lo bello.

Dos balconcitos de madera iluminaban la estancia durante el dia: sus puertas eran de vidrio verdosos y emplomados; pero en aquel momento, toda su fealdad estaba cubierta con unas anchas cortinas de muselina festoneadas de azul como las de las alcobas.

Un sofá y algunas sillas de madera tallada con asientos de cerda oscura, llenaban los huecos del aposento, menos los que quedaban entre las dos alcobas y los dos balcones.

A los dos lados del sofá habia dos grandes sillones de cuero, oscuro como la cerda de los demás asientos.

Cuatro cuadros grandes, pintados al óleo, ocupaban las paredes, representando uno á Santa Teresa de Jesus en actitud de escribir, otro á Rafael pintando, otro á Corina, improvisando en el Capitolio con su lira, y otro á Miguel Angel concluyendo una estatua de la Vírgen.

Sobre el sofá habia suspendidos los retratos de un hombre y de una mujer, jóvenes aun y de rara belleza.

El hueco, que quedaba entre las dos alcobas, estaba ocupado por un hermoso piano, y finalmente, entre los dos balcones se veia un *secretaire* de maderas preciosas, lleno de embutidos y de una hechura antigua y elegante.

Nada mas lindo, mas poético y mas triste á la vez que aquella piececita, baja de techo y cubierta de una estera de las mas baratas; pero limpia y cuidadosamente conservada.

Mas lo que aumentaba su encanto era la belleza de sus habitadoras.

Eran tres, Ofelia, María de la Gloria y Blanca de Valdés: su padre, pintor de profesion, habia muerto dejando á la mayor de quince años de edad, de catorce á la segunda, y de trece á la mas pequeña: siguióle muy pronto su esposa no pudiendo sobrellevar la amargura de una pérdida tan cruel.

Las tres huérfanas quedaron sin apoyo sobre la tierra, y hubo gentes tan despiadadas que se presentaron á ellas quejándose de deudas, que seguramente no habia contraido su honrado padre, ó que si las habia contraido habia sido en mucha menor cantidad que la reclamada.

¿Qué podian hacer las desgraciadas criaturas? Llorar en silencio: dijeron que no poseian mas que los muebles de su casa y los cuadros de su padre, y los crueles acreedores se llevaron lo mejor que habia, ó mas bien, casi todo lo que tenia algun valor, sin que las pobres niñas opusieran resistencia alguna.

Cuatro meses despues el dueño de la casa en que vivian las despidió haciéndoles saber al mismo tiempo que le debian, aun cuatro mil reales de alquileres de cuando vivian sus padres.

Las infelices repitieron su respuesta; solo poseemos en el mundo los pocos muebles que nos han dejado en la casa: tomad lo que gusteis para cobraros.

El rico propietario se indignó, juró y maldijo su generosidad acabando por llevarse todo lo que aun quedaba de algun valor.

Las tres hermanas resolvieron buscar un cuarto mas barato y se mudaron á él con los pobres restos que la rapacidad de aquellos seres sin corazon les habia dejado.

En su nueva vivienda y en el cuarto segundo de la misma casa habitaban una viuda y su hija que ganaban su subsistencia bordando y cosiendo y buscaron labor á las pobres niñas, compadecidas de su abandono y de la miseria que las amenazaba de cerca, pues habian consumido la escasa suma que les habia quedado á la muerte de sus padres.

Pero su trabajo no bastaba para su manutencion y pagar la casa y empezaron á deber al casero que, á los dos meses, las despidió como el anterior, quedándose tambien con cuantos muebles pudo.

Solamente se salvaron, por la prevision de la viuda, el piano de las huerfanitas, los retratos de su madre y de su padre, el escritorio de este, la sillería peor de la casa y las esculturas de bronce, última compra que habia hecho su pobre madre llena de alegría, pues eran objetos que siempre habia deseado mucho.

La caritativa viuda les buscó en seguida el modesto cuartito de la calle de S. Bernardino, las enseñó á arreglarse á lo que tuvieran, por poco que fuese, y les hizo comprender la amarga verdad de que estaban reducidas á vivir con el trabajo de sus manos.

Además les llevó para que las ayudase y les hiciese compañía á la pobre Malvina, niña entonces de once años y cuya tia, dueña del almacen de costuras y bordados para donde ella y su hija trabajaban, le daba muy mal trato.

Las amables jóvenes acojieron con el mayor cariño y alegría á aquella otra niña, mas desgraciada aun que ellas, y la trataron desde aquel dia como una hermana menor.

Pero Malvina, á cuyo delicado instinto no se escapaba nada de lo que debia hacer, conocia la diferencia que habia entre ella y sus señoritas, como llamaba á las tres hermanas.

El zapatero Martin, que era quien calzaba á la viuda y á su hija, por ser muy barato, fué quien le habló de aquel cuartito desalquilado y quien le llevó á Malvina, diciéndole que su padre habia sido siempre un buen ayudante del eminente pintor Valdés, el cual le confiaba algunos trabajos de poca importancia, que luego le pagaba muy bien.

XII.

LAS TRES GRACIAS.

Cuando Malvina colocó sobre el velador el veloncito de hoja de lata, que llevaba en la mano, la estancia se iluminó con una luz vaga pero bastante para distinguir á las tres huérfanas que la esperaban con una ansia mezclada de pena.

Nada podia dar mejor una idea exacta de esas tres bellísimas hermanas que la fábula nos ha hecho conocer con el nombre de las tres gracias, como estas tres encantadoras jóvenes.

Ofelia, la mayor de ellas, apenas contaria diez y ocho años y si hubiera existido ya en el mundo en los tiempos del gran Shakespeare, se hubiera podido creer que de ella habia copiado el poeta la suave y poética amante del príncipe de Dinamarca.

Todos los que han leido el *Hamlet* han podido concebir á la dulce Ofelia, alta, blanca, casi aérea, con grandes y tristes ojos negros y elásticos bucles de azabache piqueteando por su frente y hombros.

Tal era Ofelia de Valdés: en el instante en que la presento á mis lectores, estaba sentada en uno de los dos sillones, que ocupaban los lados del sofá y tenia el codo apoyado en uno de los brazos de su asiento y la mejilla en la palma de su mano blanca y casi diáfana.

La actitud y el aire de su figura indicaban el sufrimiento y un abatimiento triste é hijo de la resignacion.

Llevaba un trage de lana de color de café, cerrado hasta el cuello y vuelto sobre él un cuellecito blanco y liso que realzaba la gracia virginal de su garganta.

Bajaban las mangas de su trage hasta sus hermosas manos, abrochándose allí y haciendo el oscuro color de la tela resaltar su eburneo dibujo.

Era alta, flexible y en su rostro, en su talle y en toda ella habia tanta belleza como dulzura é idealidad.

Su tez, blanca y tersa como el nácar, era suave como el cristal cuajado: bajo su frente, inocente y pura como la de una niña, brillaban dos ojos negros, rasgados, guarnecidos de largas y convexas

pestañas, y llenos de mansedumbre y de ternura: cortaban esta frente dos cejas de suave dibujo, negras y sedosas como el cabello que, en gruesas trenzas, rodeaba su cabeza de vírgen.

Su rostro, de un óvalo prolongado y gracioso, terminaba en una linda barba, cuya suavidad hacia un delicioso contraste con el dibujo majestuoso de su frente: conocíase que su boquita habia sido de púrpura poco antes; pero ahora ostentaba solo un dulce matiz de rosa.

El resto de sus facciones era un modelo de gracia juvenil y cándida; pero su talle frágil, y sus manos delgadas hasta la trasparencia, acusaban, no menos que su palidez, el mal estado de su salud.

Gloria, la segunda, despues de haber abierto la puerta á Malvina permanecia de pié junto al piano esperando la luz: nosotros ya la conocemos un poco por la pintura que de ella hizo el marqués de la Oliva durante la comida que tuvo lugar en casa del conde.

Nada habia exagerado al describir su belleza el marqués: su talla, menor que la de Ofelia, no pasaba de mediana: tenia el cabello de un rubio dorado y vaporoso, y los ojos del mas hermoso azul.

Las demás facciones se asemejaban á las de su hermana en la correccion de su dibujo, en la delicadeza de sus contornos y en la suavidad de su espresion.

Su nombre parecia embellecerla, porque nada puede dar tan exacta idea de la hermosura de un ángel como aquella blonda jóven, tan suave, tan rosada, tan graciosa y de una belleza tan muelle é inocente.

Su trage se diferenciaba poco del de Ofelia: llevaba otro vestido oscuro de lana, tan usado como el de aquella, y tan largo que se doblaba en gruesos pliegues sobre el pavimento: de este modo su graciosa figura adquiria un aire de magestad llena de gracia y que no perjudicaba en nada á la blandura de sus diez y siete años.

Gloria llevaba sobre su trage y encubriendo los contornos de su talle una esclavina negra, en todo idéntica á la que le hemos visto á Malvina, y vuelto sobre ella un cuellecito igual al de su hermana.

Apoyada junto al balcon y cantando una sonata, cuyo compás llevaba con los dedos sobre los vidrios, estaba Blanca, la mas jóven de las tres huérfanas.

Su estatura era igual á la de Gloria; pero entre su semblante y el de esta habia tanta diferencia como entre el de Gloria y el de Ofelia.

Blanca era mas trigueña que sus hermanas, pues así como la belleza de las dos primeras armonizaba con sus nombres, la de la menor parecia formada para desmentir el suyo.

Sus ojos garzos, de ese color tanto mas hermoso cuanto es mas indefinible, eran rasgados, dulces y llenos de la alegría de la adolescencia, pues Blanca solo contaba diez y seis años: coronábanlos unas tendidas cejas de color castaña lo mismo que sus largas pestañas y que sus cabellos, espesos, sedosos y naturalmente rizados en copiosas y suaves ondas.

Su estrecha frente y su boca, pequeña y purpurina, no menos que el color castaño subido de su rica cabellera y el seductor matiz de sus grandes ojos, la hacian asemejarse á una bella escultura.

Ostentaban sus formas, mas redondas y perfectas que las de sus hermanas, esa seductora robustez de la adolescencia, cuando aun no han combatido al corazon sus primeras penas, ni la imaginacion ha soñado, ni los ojos han pasado sin dormir una sola noche.

Su seno, elevado y turgente, hacia parecer mas seductora la graciosa delgadez de su cintura: su garganta redonda era blanca; pero no diáfana como la de sus hermanas: llevaba el cabello, que se cortaba á la altura del hombro, partido sobre la frente y bajaba despues en gruesos y lustrosos rizos acariciando su cuello y sus megillas.

En cuanto á sus diminutas manos y á sus piececillos, esas dos perfecciones cuya imposible adquisicion desespera á las personas vulgares, eran seductores como los de sus hermanas.

Blanca llevaba un trage igual en hechura al de Ofelia y al de María; pero en mejor estado y de un color mas lindo, pues era de merino violeta.

No llevaba esclavina, sino un cuellecito blanco y liso como los de sus hermanas, sobre el cerrado escote de su trage.

Nada mas puro, mas risueño, mas fresco, mas rico de gracia y de juventud que la figura de Blanca.

A pesar de no llevarle Ofelia mas que dos años y uno solamente Gloria, ambas la mimaban con entrañable amor y la preferian en todo á sí propias, recordando el profundo cariño que sus padres le habian profesado, y creyendo que, como la menor, tenia derecho á toda su ternura.

La generosa índole de Ofelia y de María, sus caractéres dulces y apasionados se revelaban, mejor que en nada, en su inmenso amor á Blanca, quien por u parte, les pagaba con usura sus cuidados y su afecto.

Las tres hermanas parecian haber sido formadas por Dios para patentizar hasta qué punto puede hacer hermosa á la mujer, y cuantas fases puede dar á su belleza moral y física.

Ofelia, alta, magestuosa, espiritual y perfecta hasta lo sublime.

Gloria, rubia, angelical, blanda, suave y llena de poesía y mansedumbre.

Blanca, inocente, fresca, robusta, voluptuosa, risueña é infantil.

Y las tres, bondadosas, sensibles, sumisas, generosas, bellas de corazon hasta el heroismo, bellas de cuerpo hasta la idealidad.

(Se continuará.)

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACION).

IV.

UNA ESCUELA EN 1760.

Bor in the garret, in the Kitchen breed.
Promoted thence to deck her mistress head.
With eye unmoved, and fore head unabas'd,
She dines from off the plate she lately wash'd.

(Byron.)

Candas, antigua villa y puerto de mar en las Asturias, célebre tan solo por el santuario del Cristo que lleva su nombre, y oculta en un recodo de la costa del océano cantábrico, era en 1760, como lo es hoy una poblacion triste, oscura y olvidada aun de sus mismos convecinos; villa cuya existencia era tan solo conocida de los romeros que iban en piadosa peregrinacion hasta su elevado camarin y de los bañistas que faltos de recursos para tomar los baños de mar en puertos mas lujosos y concurridos, se resignaban á sepultarse durante la temporada de verano en aquel desierto laberinto de casas vetustas, negruzcas y vacilantes; especie de nidos pegados á paredes ruinosas, que la menor tempestad amenazaba sepultar entre las rocas de la playa.

Una sola circunstancia diferenciaba el Candas del siglo XVIII del Candas de hoy. En tiempo de Fernando VI y del gran Cárlos III, Candas estaba gobernada por un alcalde mayor, que ordinariamente pasaba casi todo su tiempo fuera de la villa, donde su presencia era de todo punto innecesaria.

Hoy Candas, como la última parroquia del concejo de Carreño, se vé obligada á acudir á Gijon para todos sus negocios judiciales, que por lo regular se reducen á algunos palos de mas ó de menos dados en la Hoguera del Cristo el 13 de Septiembre de cada año.

En la parte alta de aquella villa pacífica por excelencia, á pesar de las continuas reyertas de sus „Gaviotas„ (1) y encajonada entre otras tan vetustas como ella, alzábase en la época á que nos referimos una casita, recien blanqueada, que ocultaba bajo su vestido blanco seculares agujeros y sendos remiendos de albañilería.

La fachada de la casa sin ser suntuosa, tenia cierta regularidad, cierto aseo poco comun en aquella villa donde cada casa era un enigma de arquitectura, donde las calles desempedradas y sucias ofrecian siempre en su parte baja una laguna pantanosa formada por el agua detenida que no encontraba salida por limahoyas, ni alcantarillas.

La casita en cuestion con su puerta recien pintada de verde, flanqueada por dos celosías del mismo color, con su corredor de madera de pino, guarnecido de macetas de barro preñadas de flores y plantas aromáticas, revelaba la existencia de una mujer jóven, de una mujer de la clase media que estaba muy por encima de las artesanas, de las tenderas al por menor y de las infelices pescadoras que componian la mayor parte de la poblacion de Candas.

Las dos celosías verdes pertenecian á dos cuartos bajos cuyas puertas daban al mismo portal.

En el de la derecha que hacia de comedor se veia una mesa larga, negra y pesada que trascendia á mueble de iglesia; al rededor unas cuantas sillas pintadas de negro, que se remontaban de seguro hasta la época de Cárlos II, alternando con un canapé de la misma época cubierto de indiana encarnada con ramos negros.

En las rinconeras, negras tambien, se ostentaban algunas piezas de porcelana calada, llamada de Bristol, una frutera de lo mismo con algunas naranjas y una escribanía de hoja de lata.

Sobre la puerta de la izquierda se leian en letras gordas pintadas con almazarron "Ave María Purísima."

Aquel cuarto, mayor que el anterior, ofrecia un cuadro de sencillez primitiva casi estinguida en nuestros dias; un admirable original de esas divinas copias de costumbres que nos han legado los pintores de la escuela flamenca.

Cerca de la ventana y sentada en un antiguo sitial forrado de damasco amarillo, y en cuyo respaldo se veia esculpida una corona de conde, estaba sentada una mujer como de veinticuatro años, ocupada en tomar puntos á una calceta, en tanto que la niña cuya inesperiencia habia causado aquel desastre, y que tendria cuatro ó cinco años á lo mas, yacía de rodilla, llorando amargamente y llevando en la cabeza en señal de ignominia un gran gorro de papel de estraza con dos grandes cuernos de color de fuego.

Toda la habitacion se veia llena de niños y niñas hasta de doce años, sentados groseramente en el suelo, confundidos sin órden ni concierto: cuchicheando en voz baja, y temblando al menor movimiento de la maestra, que tenia á su lado derecho una larga vara de avellano y á su izquierda las disciplinas de cuero colgadas de un clavo.

En tanto que tomaba renegando los puntos sueltos de la media, la Soberana, que así se llamaba la jóven profesora, tenia sobre su regazo una almohadilla de trapos, un rosario, y una palmeta de madera llena de agujeros. En una rinconera ó mas bien una

(1) Pescadoras.

repisa que estaba al lado del sillon, se veia una caja de hoja de lata llena de polvos encarnados, en los que estaba medio hundida una gran cuchara de palo.

En toda la habitacion no se veian mas muebles que un cuadro de la Vírgen del Pilar de Zaragoza, ahumado y sucio como que carecia del cristal y un banquillo de madera que servia de escabel á la Soberana.

En frente de esta y del otro lado de la ventana, cosia sentada en una silleta baja, una jóven como de catorce años, dirigiendo á su vez las niñas de costura, y levantando á cada momento los ojos para fijarlos con un doloroso sentimiento en la niña que yacía arrodillada á los piés de la maestra.

Esta jóven cuya fisonomía revelaba una dulzura infinita, no estaba rodeada de ningun instrumento de castigo, y las niñas que la rodeaban fijaban en ella sus inocentes miradas con la misma franqueza que si fuese una de sus alegres compañeras.

Nada mas notable que el contraste que ofrecian las fisonomías de aquellas dos mujeres jóvenes ambas, y ambas destinadas al parecer á la penosa profesion de la enseñanza pública.

María Joaquina era de gallarda estatura; sus ojos garzos y vivarachos, su frente despejada y rodeada de sortijillas, daban á su rostro una animacion que salvaba todas las demás imperfecciones de su rostro bastante vulgar, aunque dotado en su conjunto de una belleza varonil, en la que se traslucia cierta dureza de alma.

Su accion casi dramática, el corte aristocrático de sus vestidos y sobre todo su graciosa desenvoltura le habian granjeado en Candas el oportuno apodo de la "Soberana."

La Soberana, aunque jóven, parecia desprovista de sentimiento, y difícilmente habia podido encontrarse una mujer de su edad, que aplicase con mayor serenidad los groseros castigos de moda en aquella época, ni que mirase con mayor indiferencia las lágrimas de aquellas pobres é inocentes criaturas.

Elena, sobrina y ahijada suya y su auxiliar en las faenas de la escuela, era una de esas criaturas melancólicas, sentimentales y distraidas que pasan por el mundo como una sombra, uno de esos seres infelices á quienes el destino ha enclavado en una esfera de las mas bajas, y que atesoran en su corazon un mundo de sentimiento. Una de esas creaciones fantásticas que como la novicia de San Plácido se preguntaba muchas veces á sí misma:

¿Quién sabe si seré yo
Sombra, una sombre no mas? (1)

Elena no habia puesto una vez siquiera sus manos en aquellas pobres criaturas nacidas y criadas en la mas crasa ignorancia; no habia manchado sus delicados dedos con las disciplinas y la palmeta; no habia hecho verter una lágrima á los que la rodeaban, y ella vertia las suyas siempre que sonaba para la última de sus conocidas la hora de la desgracia.

Tal diferencia de caractéres no podia menos de enagenar á Elena las simpatías de su madrina que veia en ella un ente muy poco á propósito para secundarla en su régimen pedagógico, que la consideraba como una protesta viviente de todas sus disposiciones, y la miraba como un elemento de revolucion, que temprano ó tarde acabaria por sublevar contra ella á toda aquella cohorte de muchachos, que como es natural preferian entre las dos maestras á la mas cariñosa é indulgente.

La Soberana sin embargo, se guardaba muy bien de despedir á su sobrina que sufria con resignacion evangélica todos los malos tratamientos, todas las impertinencias mas exageradas, descargándola al mismo tiempo de la mayor parte de los cuidados que exige la enseñanza, y no atreviéndose nunca á levantar los ojos en presencia de su tia y señora.

La Soberana, se contentaba con gruñirla, con hacerla trabajar como una esclava, con burlarse á todas horas de su sentimentalismo, y poner en ridículo su espiritual fisonomía, designándola con el apodo de "Los siete dolores."

La fisonomía de Elena, era uno de esos tipos de espiritualismo, que llevan impreso en la frente todo un mundo de poesía. Su rostro moreno, ovalado y fino como el raso, estaba coronado por una cabellera negra y luciente levantada hácia arriba segun la moda de entonces, y que dejaba mayor campo á sus grandes ojos negros, ardientes y velados por largas pestañas. Sus cejas negras y delgadas, sus párpados trasparentes y boca encendida como una cereza tenian un sello de distincion, que se avenia muy mal con su vestido negro usado y desteñido ya por todas partes, con su calzado miserable y descosido ya, que la obligaba á esconder entre el ruedo de su vestido un pie pequeño y gracioso como el de una niña.

Un pañuelo de tul negro, rojizo ya y rodeado de un galon de seda, dejaba adivinar un pecho alto y satinado, que hubiera hecho honor á una cantatriz. Sus manos eran largas, finas y de un moreno claro como las de algunas esculturas antiguas, su voz insinuante y melancólica como un canto de hadas que se pierde entre las brumas del rio.

La Soberana vestia tambien de negro; pero su trage de lana fina estaba escotado y emballenado á lo María Bárbara, y el escote velado por una camiseta de gasa negra que le subia hasta el cuello. Los pendientes largos é historiados eran tambien negros lo mismo que los de Elena; era evidente que ambas llevaban luto.

Luego que concluyó la maestra de tomar los puntos á la calceta, arregló las agujas, levantó á la penitente, la quitó bruscamente el gorro, arrancándole de paso algunos cabellos, y poniéndole la calceta entre las manos la envió á su puesto, no sin darle antes dos ó tres golpes en la espalda.

La niña echó á llorar, y fué buscando entre sus compañeras un hueco adonde colocarse.

(1) N. Serra.... El reloj de S. Plácido.

—Habrá viciona! (1) esclamó la Soberana montada en cólera. Elena, ponla junto á tí de rodillas y si no calla échale en la boca una cucharada de pimiento.

Todos los niños volvieron la vista hácia la caja de polvos que estaba en la rinconera. Aquel brutal castigo les inspiraba mas horror aun que las disciplinas y la palmeta de agujero.

La Soberana se levantó en seguida, apartó la cortina de lienzo grueso que cubria la puerta de entrada y á pesar del calor que aquella tarde se hacia sentir como nunca, se arrimó á la puerta de la calle y se puso á mirar en todas direcciones como quien espera.

La calle estaba completamente desierta; algunos niños de corta edad tendidos á la puerta de sus miserables viviendas dormian profundamente, sin que bastase á despertarlos el calor del sol que heria sin piedad su desnudez y calcinaba mas y mas sus ya blanquecinos cabellos, que habian perdido á la intemperie su lustre y su belleza.

La Soberana pasó entonces al comedor adonde sonaba acompasadamente un péndulo de grandes dimensiones.

—Las cinco! esclamó levantando sus ojos hácia el antiquisimo reloj cuya esfera coronaban un sol y una luna de carton pintado: las cinco ya!

En el momento en que la Soberana puso el pié fuera de la clase, los chillidos, los cánticos y la algazara de los muchachos, vino á hacerla ver que á espaldas de su soberanía se levantaba la soberanía del pueblo.

La Soberana acudió furiosa como de costumbre, sacudió unos cuantos palos á diestro y siniestro, repartió algunas cucharadas de pimiento picante, y ocupó su sitial con la serenidad del que acaba de hacer una obra de caridad.

—Elena! dijo despues de algunos momentos de silencio; saca las meriendas, que vamos á rezar el Trisagio en seguida.

La cohorte revolucionaria guardaba un silencio interrumpido tan solo por los sordos gemidos de las víctimas.

Elena se levantó, abrió una alacena de madera que entraba en la pared y sacó un canastillo, en el que se veian hacinados zoquetes de borona, y sardinas fritas ó asadas, entre las que se distinguia tal cual mendrugo de pan blanco y algunas frutas.

Todos aquellos niños se agruparon entonces en torno de Elena chillando y saltando como diablillos; pero aquello debia de ser costumbre admitida ya, pues en lugar de imponerles silencio, la Soberana salió de nuevo á la puerta de la calle mirando á todas partes con inquietud.

Elena repartió á cada uno su racion, que fué devorada casi instantáneamente.

Pero habia algunos niños, aunque muy pocos, que no llevaban merienda, y las inocentes criaturas fijaban en sus compañeros miradas significativas en las que se traslucia la envidia.

(1) En Asturias, sinónimo de mimosa.

En el momento en que se apercibieron de que en lugar de volver á la escuela, la Soberana se habia dirigido al comedor, todos aquellos desheredados se agruparon en derredor de Elena, colmándola de caricias.

Elena se sonrió, descolgó un cestillo que pendia de un clavo, y distribuyó á los niños un pedazo de pan y algunas frutas, encargándoles que comiesen aprisa.

Las inocentes criaturas no se lo hicieron repetir dos veces; pero aun estaban agrupadas en derredor de Elena cuando entró la maestra.

—Vaya una divina pastora! esclamó con ironía fijando sus altivas miradas en la pobre jóven, que no se atrevió á levantar sus ojos.

Los niños corrieron á sentarse entre sus compañeros, limpiándose como siempre las manos en los vestidos.

—Calla! esclamó la Soberana, deteniendo á uno de los pequeños: ¿quién te ha dado eso que llevas en la boca?

El niño miró instintivamente á Elena, que guardó silencio.

—Ah bruta! dijo apostrofándola su tia con un violento azote en el hombro y descolgando el cesto que encontró vacío: la culpa no la tienes tú, sino quien te da merienda para que la varafundes así.... ¡Como á tí no te cuesta el sudor de ganarla! Pero no tengas cuidado, que no verás tú otra por mucho que vivas.... Vamos, golosos de Barrabás! De rodillas todo el mundo y á echar el Trisagio, que no tengo yo hoy la cabeza para rezar la Corona.

Todas las niñas recogieron su labor y se arrodillaron delante de la imágen de la Vírgen, confundidas con los muchachos.

Elena llevaba el Trisagio, respondiendo los niños con un coro desentonado é informal que la Soberana se esforzaba en meter en tono con la batuta de avellano.

Apenas concluido el Trisagio, la escuela quedó vacía, y todo aquel enjambre echó á volar hácia la playa, donde los muchachos aguardan siempre jugueteando la llegada de las lanchas pescadoras, cuya arribada celebran con un salvaje y continuado grito de alegría.

La Soberana se situó de nuevo á la puerta de la calle, aunque sin dirigir la palabra á las vecinas que la miraban de reojo.

Elena recogió su costura, pasó al comedor, sacó del cajon de la mesa un cartapacio de badana verde, acercó la escribanía y se puso á escribir en letras muy gordas, muy imperfectas, y que acusaban la falta de maestro.

Apenas habia concluido un renglon, oyóse en la casi desierta calle el ruido de algunos caballos, y al mismo tiempo un grito de cordial alegría que la Soberana exhalaba al reconocer los recien llegados.

Elena recogió á toda prisa el recado de escribir, y corrió al portal á tiempo que se apeaba el señor cura entre las felicitaciones y bienvenidas de la jóven maestra.

El abate habia seguido hasta su palacio.

—Vamos, vamos! Joaquina! dijo D. Mendo pa-

sando su mano por la brida, y conduciendo él mismo su mula á la cuadra; que no pasa un dia por tí! eres una segunda santa Rosa.... pero ¿hay huevos y pan en casa?

—Y vaya que si hay! y jamon, y frutas, y todo cuanto V. quiera, señor cura.

—Pues bien, hija; disponme un refrigerio á tu manera, en tanto que voy á echar un pienso á la mula.... Poco! poquita cosa! porque luego estoy convidado á cenar en casa de mi señora la Mariscala.... Pero como esos señores cenan tan tarde!

En el momento en que la Soberana se disponia á entrar en la cocina, situada tambien en el piso bajo, distinguió á Elena que retirada en un rincon del portal, no se atrevia á saludar al señor cura.

—¡Ah! ahí estás tú, santurrona, esclamó con ira, y dejas que el señor cura vaya á echar el pienso! Anda corriendo á poner lumbre y disponer la cena que ya no es hora de que venga la asistenta.

Elena entró aceleradamente en la cocina, y se puso á encender la lumbre para lo que se daba tan poca maña, que cuando llegó la Soberana aun no habia conseguido hacer brotar una chispa.

La Soberana estalló en denuestos contra su sobrina, que temblaba como la hoja en el árbol.

—Paz! paz! paz! mi señora, dijo el cura entrando en la cocina y colocándose al lado de Elena; no hay que alterarse por tan poca cosa, que de la irritacion viene la calentura, y de la calentura la muerte... ¿qué es lo que ha hecho la de los Siete Dolores para merecer esa filípica?

—¿Y le parece á V. poco que ni siquiera sirve para encender la lumbre?

Elena estaba acobardada.

—Pues para otra cosa servirá, que el que no sirve para el coro, sirve para escoger melones, y vengan esos fuelles, que el que fué cocinero antes que fraile......

Y el señor cura tomó los fuelles, Joaquina arrimó sobre el hogar un monton de hojas secas de maiz y la llama subió alegremente por la chimenea entre los chistes del cura y los reniegos de la Soberana.

Elena ayudó á su tia á disponer la cena que era la suficiente para seis personas, y cansada, fatigada y muerta de hambre se encaminó á su pobre choza á boca de noche, llevándose en una escudilla las sobras de la comida del medio dia, y que segun los cálculos de Joaquina bastaban y sobraban para la cena de dos personas.

Despues de cenar mano á mano y de hablar largamente sobre los acontecimientos que se preparaban, la Soberana se envolvió en un largo manto de velillo negro, y acompañada del señor cura, se encaminó al palacio de la señora Mariscala.

(Se continuará.)

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

Á MI QUERIDO AMIGO

EMILIO SANTOS.

Una mañana del dia 11 de Agosto de 183..... me disponia á recorrer los puntos avanzados establecidos delante de Urnieta y á la vista de Hernani, cuando se me dió la órden de presentarme inmediatamente en el cuartel general, situado en el pueblo de Soravilla, para recibir instrucciones y desempeñar una comision reservada é importante.

Cuando llegué al cuartel general, el gefe con el cual me unian lazos de íntima amistad, se encerró conmigo en un gabinete y me habló en esta forma.

—Hace cosa de doce dias salieron de San Sebastian ocho *Chapelgorris* (1) al mando de un oficial, con el firme propósito de atentar á la vida de S. M., bien emboscándose en el camino que deba seguir en alguno de los viajes que hace de un pueblo á otro, bien introduciéndose en el cuartel real, bien de otro cualquier modo. Para conseguir con mas facilidad su objeto, visten el mismo uniforme que nuestros soldados, y merced á este disfraz, han recorrido impunemente todo el pais dominado por nuestras tropas. Circunstancias imprevistas han hecho fracasar tan horrible proyecto: la partida se ha dispersado, y su gefe, despues de vagar de un punto á otro, perseguido por todas partes, hambriento, estenuado, ha desaparecido de pronto, aunque tengo la certeza de que ni ha pasado la frontera de Francia ni tampoco ha llegado á la plaza de San Sebastian.

—¿Y cómo han podido recorrer el pais sin conocer el idioma? pregunté admirado de lo que oia, pues no podia concebir que hubiese un vascongado que se prestara á cometer tan odioso atentado.

El general me tomó la mano, y apretándola con fuerza me contestó:

—¿Quién sino un hijo de esta tierra imagina un plan tan atrevido y se compromete á llevarlo á cabo? Acuérdate de que eran Vascongados los que idearon prender á Napoleon y matarlo si se resistia cuando negociaba con Cárlos IV en Marrac, la abdicacion de la corona de España en favor de su hermano José: vascongados eran los que emboscados desde las cercanías de Marrac hasta la frontera de Navarra no pudieron realizar su plan, gracias, ¿á qué dirás?

—¿A qué? le pregunté.

—A que llovió aquel dia lo bastan etpara que el dueño de Europa no saliera de paseo á caballo como lo verificaba todas las tardes por el sitio en que estaban emboscados nuestros compatriotas. (2)

(1) Gorras encarnadas. Se llamaban así los que componian el batallon de francos de Guipúzcoa.

(2) Confirman este hecho la tradicion, y una historia anónima de Fernando VII, impresa en Madrid en la imprenta de Repullés. Véase la novela *Damian el Monaguillo* para los detalles.

Ahora bien, prosiguió: aquella accion hubiera sido heróica, al paso que la que han intentado ahora, ni quiero ni debo calificarla. Lo que importa es apoderarnos del gefe de la partida: tengo motivos para creer que se oculta en los montes próximos á nuestra línea, espiando una ocasion para refugiarse en San Sebastian. Tú conoces estos montes: tengo confianza en tu actividad y en tu celo; eres reservado, y quiero confiarte la mision de prender á ese hombre que lo traerás vivo ó muerto. Si quieres que te acompañe alguna fuerza, elige tú mismo los soldados, y dejo á tu arbitrio su número.

—General, le contesté: para esa espedicion me basta mi asistente. Deme V. las señas del oficial, y me pondré en camino inmediatamente.

—No necesitas sus señas: le conoces mejor que yó.

—¿Le conozco? pregunté admirado.

—Si: ha sido amigo y condiscípulo tuyo; desertó de nuestras filas: es el subteniente Antonio M.....

Absorto quedé al oir aquel nombre. Era en efecto el de un amigo de infancia; quise oponer dificultades para encargarme de aquella mision; pero el general, revistiéndose de su autoridad selló mis labios diciendo:

—Yo lo mando.

A tan categórica órden no habia medio alguno de resistencia. Saludé al general, y una hora despues, acompañado de mi primo, trepaba el Atchular, y seguia el sendero que desde Andoain conduce á la villa de Goizueta en Navarra, á donde llegué aquella misma noche.

II.

En la noble villa me esperaban dos amores.

El de mi tio cura que me queria como á un hijo; y el de una jóven y bella viuda, que segun me repetia mil veces, me amaba mas que á las niñas de sus ojos.

El tio cura y la bella viuda, cada cual á su manera, me daban inequívocas y frecuentes pruebas de su cariño.

Llegué á casa de mi tio á las diez de la noche, hora en que todos dormian sin duda en el pueblo, segun estaban solitarias sus calles y silenciosas y oscuras las casas.

Mi buen tio acababa de cenar, y arrellenado en su poltrona, saboreaba un tabaco mediano encerrado en una pipa de barro blanco.

Sus escelentes y numerosos sabuesos puestos en cuclillas al rededor de la mesa fijaban sus inteligentes ojos en las masas de humo que mi tio lanzaba de su boca con la gravedad de un sátrapa asiático.

Escuse decir que los perros me recibieran con sonoros ladridos de placer y saltos de alegría, y mi buen tio con abrazos, capaces de sofocar á un toro.

Las palabras sacramentales de mi tio eran estas.

—En mi casa encontrarás buenos perros, escopetas y municiones; excelente mesa; mullida cama; bodega provista, y surtida despensa: en cuanto á metálico, media onza á lo sumo.

Estas palabras eran consecuencia natural de esta otra máxima que lo caracterizaba.

"Vivir bien á costa de los herederos."

Pero á pesar de la dosis de egoismo que encerraba la máxima indicada, siempre encontré en el bolson de seda verde de mi tio, dos, tres, y hasta seis onzas de oro cuando se las pedia para mis apuros. Estos eran asaz frecuentes entonces como ahora: él gruñia; yo insistia; mi primo hacia coro; y cuando lo veíamos algo reacio, dábale yo un abrazo y le juraba que no seria su heredero: rodaba entónces por su redonda y rubicunda megilla una lágrima, y las onzas que yo necesitaba se encontraban milagrosamente en los bolsillos de mis pantalones al levantarme de la cama la mañana siguiente.

Este era mi tio D. Fermin.

En cuanto á mi primo, que me sirvió de asistente mientras duró la guerra, remito al lector á una leyenda que con el título de *La bocina de Roldan* escribí y publiqué años há.

Era mi consejero áulico en las empresas de empeño.

Durante el viage de aquel dia, se mantuvo á cien pasos de distancia delante de mi caballo, tarareando ó silbando cierto *zorcico* (1) de su composicion, que no salia á plaza sino en las grandes ocasiones, ó cuando notaba mi silencio obstinado, fruto de alguna grave preocupacion.

La composicion musical de que se trata era enrevesada por demás, y como mi primo poseia una voz que hubiera envidiado Tamburini, siempre que cantaba el susodicho zorcico, estaba seguro de que yo le interrumpiria diciéndole:

—¿Acabarás de graznar, Francisco?

A lo cual contestaba él:

—¿Y qué diablos quieres que haga? Yo no soy cartujo, ni tú eres mudo.

Y de aquí tomaba pié para entablar la conversacion, que era su deseo, distrayéndome al paso de mis preocupaciones.

Pero mientras duró el viage de que hablamos no le salió la cuenta: apesar de los gorgoritos con que sazonaba el zorcico; apesar de ciertas *fermattas* fabulosamente estravagantes, y dignas del repertorio de Caltañazor, con que variaba al infinito las cadencias; apesar en fin, de cantar, gritar, ahullar y silbar el famoso zorcico, no abrí mis labios para interrumpirle; con harto enojo suyo.

Llegamos, pues, á Goizueta sin habernos dirigido la palabra.

Mi tio se acostó muy contento con la idea de tenerme en su compañía durante una semana, ageno, así como mi primo, del objeto de mi viage.

(1) Música de un ritmo original: esta y el baile llamado así, son originarios del pais vascongado.

Francisco muy mal humorado como es de presumir, me descalzó las espuelas y se preparaba á quitarme las botas, cuando de pronto se quedó parado y con tanta boca abierta al oir que en tono breve y seco le decia yo:

—Francisco, carga mis pistolas.

—¡Las pistolas! ¿Vas á tirar al blanco á las once de la noche?

—Haz lo que te mando, le contesté.

Francisco obedeció.

—Abre ahora esa ventana: proseguí.

—Ya está; contestó cada vez mas admirado.

—Toma el cuchillo de montes del tio.

Descolgó del clavo de donde pendia aquel instrumento de muerte y lo colocó en la faja.

—Ahora, salta por la ventana á la calle.

—¿Que salte por la ventana? esclamó atónito. Tú estás loco, Pepe.

—¿Tienes miedo? le pregunté con sonrisa burlona.

Francisco se puso pálido, se encogió de hombros, y saltó por la ventana que distaba cosa de doce pies del piso de la calle.

Apagué la luz, tomé las pistolas y salté á mi vez.

—Sígueme, Francisco, le dige echando á andar por las oscuras callejuelas, en direccion á la casa de la viuda.

—Pepe; me dijo agarrándome del brazo con fuerza cuando vió que me paraba á la puerta. Pepe; detente y mira lo que haces: si esa muger te es infiel, si te ha engañado, despréciala y no cometas una locura: mira que si hasta ahora te he seguido en silencio y obediente como un perro, lo que es en este momento te cojo por la cintura, y quieras que nó te llevo como un fardo á casa.

Y esto diciendo abrazó mi cuerpo con sus hercúleos brazos y me levantó en el aire.

—Déjame en paz; le dije procurando en vano desasirme de él. No se trata de eso, Francisco; la viuda me ama, y aun cuando así no fuese, no me dá gran cuidado: es cosa mas séria la que me trae aquí.

—¡Ah! esclamó abriendo los brazos: ¡cosa séria! ¿Y de cuando acá caminamos solos toda una tarde sin dirigirme la palabra? ¿De cuando acá, prosiguió entre cariñoso y apesadumbrado, de cuando acá no consultas conmigo un caso peligroso? Yo que he abandonado á mi pobre madre por seguirte á campaña y participar de todos tus peligros; yo que te cuido como á un hijo, y que me haré matar de fijo antes que á tí te toquen el pelo de la ropa, ¿merezco que te portes así conmigo? Hace un mes, cuando aquella maldecida sorpresa de Zaldüñ, ¿no despaché al otro barrio á aquellos dos ingleses que te iban á matar sin remedio? ¿No he obrado siempre así contigo? ¡Ah! esclamó con acento de doloroso reproche; tú no me quieres ya!

—Francisco, le dige tomándole la mano y estrechándola cariñosamente: suceden en este mundo cosas tan imprevistas, tan estrañas, que francamente...

Y me callé sin saber qué decir.

—Vamos á ver, Pepe; no hay que afligirse. ¿De qué se trata?

—Se trata de prender á un hombre; ó si se resiste, como se resistirá, matarlo.

—Pues lo matamos, y santas pascuas; contestó con la mayor sangre fria.

—Si; pero el que se me ha mandado prender ó matar, es un amigo de la infancia.

—Pues le dejaremos escapar, y que lo prendan ó maten otros.

—¿Y la órden terminante del general?

—Vayan al diablo el general y sus órdenes: ¿le has dicho que es amigo tuyo?

—Sí.

—¿Y á pesar de eso te ha dado la órden?

—Sí.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—¿Qué harias tú en mi lugar? le pregunté á mi vez.

—Yo? le diria; amiguito, tengo que prenderte ó matarte; pero como la santa amistad está sobre todos los mandatos, vengo á decirte que te vayas con mil diablos á hacerte matar á otra parte.

—Esa es tambien mi opinion.

—En ese caso vámonos derechitos á donde se encuentra ese hombre, démosle el aviso, pongámosle en salvo, y..... á dormir.

—Es que yo no sé donde buscarlo porque ignoro su escondite; y por eso.....

—¡Ah! La viuda sabe quizá....

—Lo sospecho, no sé porqué; me lo dice el corazon.

—¿Y quién es él?

—Antonio: ¿te acuerdas? El que se pasó á los cristinos.

—¡Hum! murmuró Francisco frunciendo el ceño: nunca me gustó ese mozo: ya sospechaba yo que al fin, al fin.... y ¿qué ha hecho para...

—Ese es un secreto; le interrumpí: ahora que sabes quién es, me aconsejas lo de antes?

—Lo mismo: es un amigo y basta: además, cada uno es hijo de sus obras, y en el pecado lleva la penitencia.

Estreché de nuevo la mano de mi noble primo, y mandándole guardar la puerta que daba á un huerto, con instrucciones arregladas á nuestro modo de pensar en el asunto, llamé á la puerta que daba á la calle.

En la casa momentos antes tan silenciosa, se notó un gran movimiento que no dejó de llamar mi atencion, pues era señal de que no estaban todos recogidos á hora tan avanzada. Apenas hube llamado, se asomó al balcon una mujer preguntando:

—Quién es?

—Soy yo, Rafaela.

—Ah! Pepe? el señorito?

—El mismo ¿está levantada tu ama?

—Sí señor: pero baje V. la voz.

—Porqué?

—Por nada.

—Pues abre pronto.

—Allá voy.

La criada que tan á tiempo abrió el balcon apenas llamé, tardó bastante en abrirme la puerta.

¿Cómo has tardado tanto en bajar? le pregunté entrando en el zaguan que estaba oscuro.

—Es que para vestirme, y... luego la luz se apagó, y...

—¿Qué diablos tienes? torné á preguntar notando su turbacion y el temblor de su mano que yo tenia asida para guiarme por ella.

—Qué tengo? Nada: es que como me he despertado de pronto, y con la priesa.... y luego venir V. á estas horas... sin avisar....

—Aquí sucede algo estraordinario, pensé yo.

En esto llegamos á la puerta de la sala, é indicándomela me dijo:

—Ahí está la señora.

Estaba mi hermosa viuda sentada en una silla, turbado el semblante que procuraba ocultar con sus manos, fingiendo arreglarse el cabello.

—Pepe! esclamó levantándose y acercándose con una sonrisa forzada en los labios. ¿Tú aquí sin avisarme tu llegada, y á hora tan intempestiva?

—He querido sorprenderte, María: ¿nó me lo agradeces?

—Oh! mucho que sí; pero, ¿te ha visto entrar alguien?

—A estas horas todos duermen en el pueblo.

—Y tu tio?

—Lo he dejado roncando. Vamos: no me abrazas?

—Con toda mi alma, Pepe; con toda mi alma.

Y al abrazarme se hizo de pronto atrás; me puso las manos en los hombros, y clavando en mi ojos una profunda mirada, esclamó palideciendos

—Pepe! veo sangre en tus ojos.

—¿Estás loca, María?

—Oh! nó: en esta visita tuya hay algo siniestro; algo que adivino pero que no comprendo. Pepe! no me juzgues de ligero.

—Repito, María, que estás loca de veras; dige sin poder disimular cierta emocion penosa, fruto de las imprudentes palabras que acababa de oir, y recordando la turbacion de la criada al abrirme la puerta. ¿De qué ó sobre qué quieres que forme juicios?....

—Tú me engañas, Pepe, prosiguió la viuda: Veo posada en tu frente la nube de la sospecha: veo en tu mirada no sé que de sombrío.... Oh! esclamó de pronto señalando con el dedo mi pecho y palideciendo mas y mas.

Por la entreabierta solapa de mi levita militar, asomaba la culata de una de mis pistolas.

—¿Esto te asusta? pregunté sacándolas y disponiéndome á dejarlas en una mesa colocada á espaldas de la aterrada viuda.

Pero cuando me vió dirigirme hacia ella con las pistolas en la mano, se puso de rodillas, esclamando,

—Mátame si quieres; pero soy inocente.

—Acabemos, María: dije en tono brusco. ¿Qué significa toda esta comedia? He venido á verte; á pasar una hora en tu compañía.

—¿Conque á verme? ¿nada mas que á verme? preguntó levantándose lentamente, pero fijos siempre sus asustados ojos en los mios.

—Así es la verdad. Tiene eso algo de estraño? Deja que me quite la levita: hace calor aquí.

Me quité la levita, é iba á entrar en la alcoba donde, para evitar sorpresas acostumbraba dejar mi ropa mientras visitaba á mi amante; cuando, mucho mas pálida que antes, y colocándose rápidamente delante de la puerta vidriera, me dijo con voz sorda pero enérgica:

—No entrarás ahí.

—Porque nó? esclamé colérico y dispuesto á separar á María para entrar en la alcoba.

—Porque yo te lo prohibo: porque para entrar ahí has de pasar por encima de mi cadáver.

—Já, já, já: ahora lo comprendo todo; dije riéndome con forzada risa, pues aunque yo no amaba á María hasta el estremo de tener celos, sin embargo mi amor propio se sentia herido. ¿Tienes por ventura oculto en la alcoba al amante que me sustituye en ausencias y enfermedades? Aparta, muger; proseguí en tono zumbon: quiero ver qué cara tiene ese señor, y asegurarme de si has tenido buen gusto.....

En mi rostro hubo de pintarse tan á lo vivo el desprecio mezclado con la ira, que la pobre viuda, perdiendo toda su energía, bajó la cabeza murmurando:

—Mátame, Pepe; pero no me desprecies, porque no lo merezco.

Aquellas palabras hirieron profundamente mi corazon: estaba María tan hermosa con su rostro pálido, sus escasos vestidos en desórden, su actitud humilde y resignada.... luego, el acento de la verdad es tan distinto del de la mentira, que mi cólera se disipó repentinamente; mis mortificantes sospechas se desvanecieron, y, tomándola de la mano, la dige con dulzura.

—Te creo, María; te creo.

Un rayo de inmensa alegría brotó de sus negros ojos al oir aquellas palabras, y, echándome los brazos al cuello, murmuró á mi oido, besando mi megilla.

—Gracias, Pepe; gracias.

—¿Pero me dirás al menos?....

—Todo, todo, sin ocultarte nada; respondió conduciéndome á una silla y sentándose en mis rodillas.

—Te escucho; la dige excitada mi curiosidad en alto grado.

—Ante todo exijo de tí una cosa.

—Cuál?

—El respeto á mi casa y las leyes de la hospitalidad.

—Ya sabes que esa es una ley sagrada para nosotros.

María acercó mi frente á sus labios y la besó.

—Dime, Pepe; prosiguió: si en las altas horas de la noche llegase á las puertas de tu casa un enemigo tuyo rendido de hambre y de cansancio,

y te digese: "Caballero; soy vuestro enemigo; pero estoy perseguido como un lobo; me muero de hambre, y si nó me ampara V., ó me matan los que me persiguen, ó me muero de hambre en el umbral de esta puerta." ¿Qué harias en ese caso?

—Partir con él mi mesa y mi lecho, ocultándolo de sus perseguidores; contesté sin vacilar.

Levantóse María, y tomándome la mano, me condujo á la alcoba cuya puerta vidriera abrió de par en par diciéndome:

—Mira.

Un hombre pálido tendido en el lecho, dormia profundamente: al verlo dí un paso atrás involuntariamente: tenia á mi vista á mi amigo Antonio, á quien tenia órden de prender ó matar.

—Tu palabra! Pepe; esclamó en voz baja la viuda colocándose delante del lecho al ver mi movimiento de asombro mal interpretado por ella.

—Mi palabra como la vida de ese hombre son sagradas.

Cerró María la puerta de la alcoba sin hacer ruido alguno y volvimos á sentarnos.

—¿Sabes, la dige, quién es ese hombre?

—Sé que es un enemigo de nuestra causa; pero sé tambien que es un amigo tuyo de la infancia. Sé que es un desgraciado que dos horas antes de llegar tú, me pidió asilo y pan, y ambas cosas le he proporcionado con sana voluntad.

—¿Sabes que ese hombre habia concebido é intentado cometer una accion que á nuestros ojos es un crímen? ¿Sabes que hay una órden para presentarlo vivo ó muerto en el cuartel general, y que yo soy uno de los encargados de cumplir esta órden?

—Es desgraciado, y ni sé ni quiero saber mas.

—Eres buena, María, eres noble; eres una digna hija de esta pobre tierra contra la cual todos se conjuran; hasta algunos de sus hijos, dige señalando á la alcoba.

—¡Pepe!!

—Nada temas: mi determinacion respecto á ese hombre estaba tomada aun antes de venir aquí. Si, como ha sucedido alguna vez, lo hubiese visto al frente de las tropas enemigas, me hubiera batido con él, arrostrando las tristes consecuencias de un combate: pero está solo, desarmado, enfermó quizá, y no seré yo por cierto quien le haga daño: al contrario.

La mano de la viuda estrechó fuertemente la mia.

—Pero ese hombre, añadí, corre grandes riesgos si permanece en este sitio. Una indiscrecion de Rafaela, cualquier incidente podria descubrirlo; y en ese caso tú y él erais perdidos sin remedio. Es preciso que salga de aquí al momento.

—Apenas puede andar, Pepe: dijo María casi llorando. Sus piernas están hinchadas; llagados sus pies; y el insomnio y el hambre han aniquilado sus fuerzas: seria una crueldad el moverlo de la cama.

—Lo llevaremos en hombros si es preciso: la vida es una cosa que bien vale la pena que por conservarla se haga un sacrificio.

Y me dirigí á una ventana que daba al huerto. Abríla cautelosamente y dí un silbido.

Francisco que se daba á los diablos con mi tardanza, contestó con otro.

—Qué es eso? preguntó María acercándose apresuradamente.

—Llamo á mi primo.

—Muy preparado venias: me dijo la viuda sonriéndose.

—¡Francisco! grité sin hacer caso de la observacion de María, es necesario que dentro de un cuarto de hora traigas á la puerta mi caballo sin que lo sienta la tierra.

—Allá voy, contestó saltando la tapia.

—Ahora, dije á la viuda; vamos á despertar á ese hombre, y que se prepare á venir con nosotros.

—A dónde?

—A mi caserío de Ucúe. Ya conoces su situacion entre los bosques mas fragosos de estas cercanías; los que habitan el caserío harán cuanto se les ordene, y allí puede permanecer oculto hasta que, restablecido del todo pueda ponerse en camino.

El dormido abrió los ojos despues de muchos esfuerzos para despertarlo; y su espanto fué indecible al ver un hombre armado junto á su lecho.

—Ah! esclamó dirigiendo á la viuda una mirada indescriptible de amarga reconvencion.

—No tenga V. cuidado; le dijo María apresuradamente; es preciso levantarse y seguirnos á sitio mas seguro.

Antonio fijó en mí sus espantados ojos, y al conocerme, alargó la mano que yo tomé, y esclamó con un acento de inmenso regocijo:

—Pepe! amigo mio! me he salvado.

—Sí: pero date priesa: y me dispuse á ayudarle á vestirse.

Su estado era verdaderamente lastimoso: á fuerza de mucho trabajo logré ponerle los pantalones y el capote militar: sus pies envueltos en lienzos empapados en agua y aceite estaban tan hinchados, que hubiera sido locura el calzárselos, ni aun pretender que pudiera tenerse en pié.

Francisco esperaba en la puerta con el caballo: hícele subir, y entre los dos bajamos á mi amigo y lo colocamos sentado en la silla.

—Yo voy con vosotros, dijo de pronto la viuda que salió á la calle cubiertos los hombros con un ligero pañuelo.

—Tú? le pregunté admirado.

—Yo no le abandono hasta verlo en Ucúe, á salvo de toda pesquisa.

—¿Sospechas de mí? la dige al oido.

—Nó, Pepe: quiero tener una parte en esta buena accion.

Tres horas duró aquella marcha penosísima por senderos escabrosos en una noche sumamente oscura.

A las tres de la mañana llegamos al caserío: sus habitantes nos recibieron cariñosamente y despues de asegurarnos que nada faltaria al que colocábamos bajo la salvaguardia de la lealtad de

aquellos honrados montañeses, volvimos á Goizueta montando María á la grupa de mi caballo.

Francisco votaba como un carretero á cada tropezon; María me abrazaba riéndose como una loca de los dicharachos de mi primo, y yo me devanaba los sesos buscando un medio de engañar á mi general.

Un cuarto de legua antes de llegar al pueblo, nos vimos asaltados por media docena de sabuesos que daban brincos de gozo delante del caballo; y á poco apareció mi tio cura que al vernos esclamó con acento gravemente cómico, y apuntando con la escopeta.

—Detente malandrin; raptor de las princesas Goizuetanas; ó serás conmigo en singular batalla.

—¡Don Fermin! gritó la viuda tapando su rostro con mis espaldas: retire V. la escopeta: el diablo las carga, y....

—No sois malos diablos los tres: ¿de dónde venís tan temprano cuando yo os creia en la cama?

—Venimos de pescar, mi querido D. Fermin; contestó alegremente María.

—Pepe: me dijo el tio. Ten cuidado con esa loca: es muy diestra en la pesca de caña y pudiéras caer tontamente.

Ya es tarde la advertencia, contestó María. Hoy espero á comer en mi casa al tio y á los sobrinos.

Mi tio siguió cazando, y estuvo de bellísimo humor durante el convite de la hermosa viuda.

III.

Seis dias despues de estos sucesos, mi primo y yo, sentados en la cima del monte Adarra y bajo la copa inmensa de una haya, dábamos remate á unas lonjas de jamon, y principio á una conferencia con el fin de escogitar el mejor medio de dar cuenta del resultado de mi mision, al general que me la habia encomendadado. Despues de una larga y acalorada discusion, (fórmula parlamentaria) me dijo mi primo:

—Vaya al diablo el embrollo: lo mejor será que digas la verdad al general: te quiere y sabrá apreciar nuestra buena accion: en todo caso él se tiene la culpa. ¿No le digiste que Antonio era amigo tuyo? Mira, Pepe: si se acalora y lo toma por lo sério, pregúntale sencillamente lo que él hubiera hecho en tu lugar, y de seguro que con esa pregunta le tapas la boca.

Se procedió á votar la proposicion de mi primo, y ¡cósa rara! quedó aprobada por unanimidad.

El general me echó una fuerte y severa reprension cuando le conté lisa y llanamente cuanto habia sucedido; pero luego que se despojó de su carácter oficial para convertirse en amigo, no pudo menos de aprobar mi conducta, así como tambien mi tenacidad en no querer descubrir el sitio donde permanecia oculto el que yo debí prender.

Ocho dias despues recibia yo una esquela de María noticiándome que el enfermo, restablecido del todo, se habia marchado á tomar baños á Biarritz.

Esto era darme á entender que se encontraba en Francia, y por consiguiente en salvo.

Aun tenia en la mano la esquela en que se me participaba aquella noticia, cuando fuí llamado de nuevo por el general. Encontrélo paseándose sumamente agitado en su habitacion: apenas entré, cerró la puerta y acercándoseme, y dándome una carta, me dijo secamente:

—Ahí tienes el premio de tu buena accion.

Leí la carta, y ví lleno de asombro é indignacion, que contenia lo siguiente:

"Bayona, Agosto.... de 183....

"General: ayer tarde comia en la posada de.... con varios españoles entre los cuales se encontraba el oficial de Chapelgorris D. Antonio..... Este oficial contó una aventura que debo poner en conocimiento de V. por lo que pueda interesarle. Dijo que habia salido de S. Sebastian con ánimo de acometer una empresa atrevida, sin decir cual, y que habiéndose frustrado, se vió separado de los suyos, acosado por todas partes y próximo á caer en manos de sus enemigos, quienes lo hubiesen fusilado inmediatamente. Despues de muchos pormenores que no es del caso referir, dijo que habia encontrado un asilo en casa de Doña María Y.... viuda establecida en Goizueta: que esta viuda, jóven y hermosa, lo acogió con tanto cariño, que partió con él su mesa y su *lecho*: que estando acostados juntos, entró un capitan de uno de los batallones guipuzcoanos, antiguo amigo suyo, el cual, á pesar de tener órden de prenderlo, vencido sin duda por los ruegos y halagos de la viuda, habia consentido en dejarlo escapar.... &c., &c."

Estupefacto quedé al ver semejante infamia: entregué al general la carta, y me limité á pedirle quince dias de licencia.

Miróme el general, y despues de un rato de silencio, me dijo:

—Te concedo los quince dias y aun mas, porque estoy seguro que los emplearás bien. Una sola cosa te recomiendo, y es que te cuides y obres con cautela.

—Pierda V. cuidado, mi general; le contesté.

El general me apretó la mano, y aquella misma noche á las diez llamaba yo de nuevo en la puerta de la casa de María.

Sorprendida quedó al verme; pero á la sorpresa sucedió la indignacion cuando supo la infamia de nuestro protegido.

—Pepe; me dijo pálida como la cera: necesitamos la vida de ese hombre.

—Y la tendremos, contesté. Ahora mismo parto en su busca. Que nadie sepa mi venida, ni aun mi tio.

—Nadie lo sabrá; te lo juro, Pepe.

Al amanecer, Francisco y yo, con trage de paisano, nos despedimos de María que murmuró á mi oido con voz sombría:

—La vida de ese hombre: mátalo como á un perro rabioso: mátalo á traicion si es preciso.

Y luego, acercándose á Francisco, añadió:

—Defiende á tu primo si no quieres que me muera.

Francisco por toda respuesta, se atusó el bigote y sacó de la faja un ancho puñal.

Cuando cerca del anochecer íbamos á pisar el territorio francés, mi primo se detuvo, y haciéndome sentar á su lado, me dijo con la mayor sangre fria:

—Opino una cosa, Pepe: creo que seria mucho mas conveniente que te quedases tú en España: yo iré á Bayona, buscaré á ese hombre, y te juro traer su corazon villano, para enseñárselo á María y al general: si te parece mejor, me comprometo á agarrarlo por el pescuezo y presentarlo vivo en nuestra línea á pesar de toda la gendarmería francesa: este seria un gran golpe. Qué te parece?

—¿Es eso todo lo que se le ha ocurrido á tu redonda mollera? En marcha, Francisco, y no perdamos un tiempo precioso. La vida de ese hombre me pertenece á mí solo, y yo solo se la quitaré.

—No se hable mas del asunto, respondió levantándose y poniendo el pié en el territorio francés.

El dia siguiente encontré á Antonio en Bayona. Admiróse al verme y me preguntó la causa de mi venida á Francia. Contesté que habiendo llegado á saber el general con todos sus detalles cómo habia yo ejecutado sus órdenes, me habia visto precisado á abandonar mis banderas, temeroso de que se me castigase con todo el rigor de la ordenanza militar.

—¿Y quién diablos ha podido contarle eso? me preguntó.

—Qué sé yo: al menos que tú hayas cometido alguna imprudencia...

¿Yo? esclamó con fingido asombro. En todo caso, me alegro de tu venida, porque supongo que tomarás parte con nosotros, y casi estoy seguro de que te se dará el mando de una compañía.

—Aunque he abandonado mi bandera, no he pensado en hacerla traicion; contesté mirandolo fijamente. Creo que el mayor crímen que puede cometerse es, el guerrear contra su propio pais, contra sus padres, sus hermanos, sus amigos: no hablemos de esto, si quieres que haya paz entré nosotros.

Antonio bajó la cabeza y nada contestó.

—Me he sacrificado en aras de la amistad, proseguí: esto debe bastarte.

Por ahora pienso ir á Behovia á recoger la ropa y el dinero que mi tio me enviará: despues regresaré á Bayona, y luego... Dios dirá.

—¿Cuando vás á Behovia?

—Esta noche tal vez.

—Lo celebro porque así caminaremos juntos.

—Es que yo pienso ir á pié.

—Y yo tambien.

Mi primo se sonrió de una manera estraña, y yo sentí latir con fuerza mi corazon.

—La noche estará hermosa, y haremos una caminata agradable hablando de nuestros asuntos. Mañana iré á San Sebastian á incorporarme con mi batallon, y tú, Pepe, obrarás segun tu conciencia. Y tu primo, ¿piensa seguir tu suerte?

—Ya lo creo; contestó Francisco: yo no le abandonaré jamás.

En consecuencia de este acuerdo, Antonio, Francisco y yo, saliamos por la puerta de España cuando daban las siete en el reloj de la torre de la catedral. Al perder de vista las últimas casas del pueblo de Anglét, cerró la noche, oscura sí, pero, como noche de verano, templada y á propósito para viajar á pié.

A las nueve nos detuvimos en Bidart á beber un vaso de vino: á las diez y media atravesábamos el pueblecillo de Guetary, y á las once en punto descansábamos sentados en el pretil del puente que atraviesa el riachuelo que á dos tiros de bala del pueblo citado, desemboca en el mar á cien pasos de allí.

—¿Eres poeta? pregunté de pronto á Antonio.

Mi antiguo amigo me miró sorprendido, y Francisco se desciñó negligentemente la faja, pues segun el plan convenido, comprendió que era llegado el momento de obrar.

—¿A qué viene esa pregunta? dijo Antonio.

—Nada tiene de particular. Recuerdo que en nuestra niñez nos aquejaba á los dos la idea de viajar por paises lejanos y desconocidos: soñábamos con bosques frondosos y solitarios; con costas desiertas; llenas de rocas en las cuales reventase el mar con horrible estruendo... ¿te acuerdas?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pues esas ideas no ocurren generalmente mas que á los muchachos que andando los años leen versos y novelas, y concluyen por escribirlos mal ó bien. Por mi parte te diré que al ver este camino tan solitario, esta noche tan silenciosa, ese mar que se agita allá abajo, se han despertado en mí ideas románticas en estremo. Así es que en vez de caminar prosáicamente por esta carretera, me han entrado deseos de acercarme, al mar, y seguir la marcha por entre las rocas de la costa.

—¡Vaya una locura! ¿quieres romperte la cabeza en esos peñascos? dijo riéndose. Si fuera de dia, tal vez te acompañaria en ese estraño viage; pero de noche....

—Ya sabes lo testarudo que soy, amigo mio: por entre las rocas he de ir.

—Vete si quieres; lo que es tu primo y yo....

—Me acompañareis; interrumpí resueltamente.

—Tu primo está loco: dijo dirigiéndose á Francisco.

—Podrá ser; contestó este; pero es el caso que cuando se le mete una cosa en la cabeza....

—Es decir que me dejais solo...

—No tal: tú vendrás con nosotros.

—De ningun modo: dijo levantándose y con acento que revelaba algun temor.

Hice una seña á Francisco, quien, rápido como el pensamiento, sugetó á Antonio por la cintura; le lió los brazos con la faja; le hundió la boina tapándole con ella la cara, y cargó con él al hombro.

En seguida nos dirigimos al mar, y tomando á la izquierda, nos encontramos en medio de las enormes rocas á cuyo pié se estrellaban estrepitosamente las olas de aquel Océano siempre agitado.

—¿Qué hago con esto? me preguntó mi primo

con la mayor flema y levantando en alto á mi antiguo amigo, como si quisiera lanzarlo al agua.

—¿Puede vernos ú oirnos alguien, Francisco?

—Solo las lechuzas; y esas no se acercan á las costas: en cuanto á oirnos, aunque se disparase un cañon de treinta y seis...

—Siendo así, dije sacando mis pistolas y amartillándolas, suelta á ese hombre.

Francisco, con su gravedad característica en todos los lances sérios, deslió los brazos, y quitó la boina á mi amigo: en seguida se cruzó de brazos.

Los ojos de Antonio se fijaron espantados en mi rostro, y al ver las pistolas, preguntó sordamente:

—¿Vas á asesinarme, Pepe?

—Eso merecia V., señor mio: pero como semejante pensamiento solo puede cruzar por la mente de hombres tan infames como V., no me ha ocurrido tal cosa. Escuche V. A costa de mi vida he salvado la de V.: una señora, entienda V. bien; una señora le acogió á V. en su casa á riesgo de su vida y de su reputacion; esa señora y yo le hemos puesto á V. en salvo; y V. en agradecimiento sin duda, ha deshonrado públicamente á la señora, y ha vendido al amigo. ¿Es esto cierto?

Antonio no contestó: Francisco murmuró:

—¡Cuánta palabrería!

—¡Silencio, Francisco! esclamé con severidad.

Hubo un momento de silencio.

—Comprenderá V., señor mio, proseguí; que al que obra de esa manera tan inicua, no debe guardársele consideracion alguna: comprenderá V. asimismo, que un hombre como V. es indigno de llevar ese uniforme aun cuando sea el uniforme de mis enemigos y de los enemigos de mi país; porque yo he pensado siempre, que todo uniforme militar es, honroso, y que solo aparece manchado, deshonrado y repugnante, cuando cubre los hombros de un desertor y de un villano como V: así es, que nada tendria de estraño, ni nadie reprobaria que yo lo matase á V. como á un perro rabioso, y lo arrojase al mar para pasto de peces.

—¿Es decir que se trata de un duelo? preguntó pálido y con voz temblona.

—A muerte, señor mio.

—Nada tengo que decir; contestó: acepto todas las condiciones.

—¡No faltaba mas! repuso Francisco colérico.

—¡Silencio, Francisco! esclamé ¿de cuando acá interrumpe un soldado á su gefe?

Mi primo se mordió los labios, se cuadró, y llevó la mano derecha á su boina.

—Coja V. dos palitos, Francisco: le dige.

—Los tengo, mi capitan: contestó cortando la rama del único arbusto que por allí crecia.

—Que sean el uno mas largo que el otro.

—Aquí están, mi capitan.

—El que saque el mas largo, disparará al otro á boca de jarro.

—Esa es una atrocidad; esclamó Antonio: en nombre de nuestra amistad...

—O acepta V., ó lo mato.

—Sea: dijo al ver que le apuntaba con una de mis pistolas.

Entonces tomé los dos palitos, y entregué á Francisco las pistolas diciendole:

—Al que escoja el palo mas largo, le darás una de esas pistolas.

—¿Y si le toca á él? esclamó lleno de angustia.

—Me matará, y despues lo matarás tú. Ya sabes á quien hemos ofrecido su vida. Saque V. el palo, señor mio; añadí dirigiéndome á mi adversario.

Antonio, pálido como la muerte, alargó la mano temblando: mi corazon latia con tal fuerza, que parecia querer salírseme del pecho: Francisco daba diente con diente. El momento era solemne.

Mi adversario escogió despues de titubear largo rato.

Francisco arrojó un grito de salvage alegría, y Antonio cayó de rodillas.

Habia escogido el palo mas corto.

—Mata á ese hombre Francisco, dige á mi primo que acercó la pistola á la frente de mi adversario.

Este dió un salto al notar aquel movimiento. Gruesas gotas de sudor frio inundaban mi frente.

—¿Lo mato, Pepe? dijo mi primo con voz fuerte y sugetando á Antonio por el brazo.

—Mátalo, contesté con angustiado acento y volviendo la vista.

Entonces oí que mi primo decia al oido de Antonio.

—¿Hubiera V. muerto á Pepe si le hubiese tocado el palo mas corto?

—Sí: contestó maquinalmente el desgraciado.

—Pues anda á los infiernos; gritó Francisco disparando.

Antonio cayó pesadamente en las rocas: tenia despedazado el cráneo.

—¿Qué hacemos ahora? me preguntó mi primo enjugándose el copioso sudor que brotaba de su frente, y señalando al cadáver.

—Arrójalo al mar.

Hízolo así; y al ruido que produjo en el agua al caer, se siguió el sordo rumor de un trueno lejano, y los chillidos de las gaviotas que se lanzaban al mar tras de su presa.

Desde entonces acá he pasado muchas veces por la carretera que vá de Behovia á Bayona; y al llegar al puente desde el cual se divisan las rocas donde sucedió la catástrofe que he narrado, se me erizan los cabellos, y ruego á Dios por el alma de Antonio.

José M. de GOIZUETA.

Nota.—Por consideraciones que no se ocultarán al lector, se han cambiado algunos nombres propios y el lugar de algunas escenas.

ROMANCES.

EL NAVEGANTE.

I.

Radiando el sol en el cielo,
Largué las velas cojidas,
Y los cristales de Caspe
Cortaba mi corva quilla;
Mientras las ligeras auras
Que revolaban de Armina,
Las faldas de Ojen besando
En Bullones se mecian;
En Bullones que vió un tiempo
Rápida nave fenicia,
Saludar su altiva frente,
Que en las nubes se perdia;
Gigante que entrambos mares
Como guardador domina,
Y el término de la Europa
Atento observa y admira:
Los bajos y los escollos
Burlé de sus cercanías
Y entre escamados delfines
A Gades me dirijia;
A Gades, patria de aquella
Deidad pura y peregrina
Por quien el alma se alienta,
Por quien el pecho respira;
Y como al bosque y al prado
La estacion de amor matizan
Y en blandos trinos las aves
Entre las hojas se anidan,
Así Cupido alentaba
La dulce esperanza mia,
Conduciéndome en sus alas
Al albo seno de Libia:
¡Ya me llevas, ya me llevas,
O mi adorada barquilla,
Surca presta el agua triste,
Tórname al mar de delicias!
Esas tus velas de lino
De mil flores guarnecidas
Al mundo entero se muestren
Como emblemas de mi dicha;
No haya cuerda, no haya entena
Que de guirnaldas guarnidas
La ventura no publiquen
De la mente que te guia;
¡O cuando el áncora dando
Mi libre planta se imprima,
Sobre la dorada arena
Donde mi bien, ay, respira!
¡O cuando llegue á sus brazos
Y se unan nuestras mejillas,
Marchitadas por el lloro
Que la ausencia producia!
Cual el torrente que arrasa
Las mústias flores marchitas,
Que deshojadas se pierden
En sus remotas orillas:
¡Ya me llevas, ya me llevas,
O mi adorada barquilla,
Surca presta el agua triste,
Tórname al mar de delicias!
Tus remos doraré ledo,
Nevada pondré tu quilla,
Y en tus costados colores
Que amor constante repitan....
Pero ¡ó Dios! ¿qué es lo que veo?
Los rayos del sol no brillan,
Y entre encapotadas nubes
De tí sus luces desvía;
El noto sopla á la proa;
La mar se encrespa atrevida,
Y sus altaneras ondas
Amagan tu lozanía;
A Dios amor, á Dios glorias
Que ya miraba cumplidas,
Que la suerte se me opone
Con borrasca repentina:
A Dios mi dulce esperanza,
Mi esperanza ya perdida;
Vuélveme, pues, á mis males,
Vuélveme, triste barquilla;
No corras el mar alegre,
Tórname al mar de desdichas.

II.

Zarpa buquecillo mio,
Tus alas de lino bate,
Pues los fieros aquilones
Ceden á brisas suaves;
Y las espumosas olas
Humildes las peñas lamen,
Mientras el azul del cielo
Tambien se pinta en los mares;
Con tu oriflama preciosa
Publica mi amor triunfante,
Ofreciendo plata y perlas
Entre nácar y corales;
Con ligero y fácil vuelo
Llega al opulento Gades,
Pensil de mis pensamientos,
Pues como las flores nacen,
Y hermosas, como ellas lucen
En girasoles y esmaltes,
Y como ellas brillan, brillan
En divinos cambiantes;
Allí se anida mi alma,
Y mi amante pecho late,
Y estasiado allí se humilla
Ese océano inmensurable:
No es el poder, no es el oro,
Ni los laureles de Marte,
Ni los perfumes de Chipre
Lo que busco en sus cristales;
No es el miedo de la guerra
El que me ausenta de Caspe,
Ni el ver las huestes del Corso,
Ni del Británo las naves;
Que un corazon esforzado
No haya cosa que le espante,
Ora por chica ó por pobre,
Ora por rica ó por grande;
A amor, á amor solo sigo,
Él me conduce hácia Gades,
Zarpa, buquecillo mio,
Tus alas de lino bate.

III.

De blanca espuma cubierta
Largo el rizo y remo armado,
Mi buquecillo ligero
De Trafalgar llegó al cabo;
Suspenso tendí la vista
Por el vago y ancho espacio,
Que fué de muertes y horrores
Triste y sangriento teatro:
¡O tiempo, dije, cuán borras
Con tu proceloso paso,
O las escenas de luto,
O los placenteros cuadros!
¡Todo acaba en tu carrera!
Aquí en terrible aparato,
Tres naciones, tres ruinas
En pocas horas hallaron;
Tus ondas de negro y rojo
Cien buques de rabia armados,
Entre los hijos del agua
Tuvieron sepulcro vago;
Aquí del breton caudillo
Se cumplió su fin infausto,
Y el de capitan glorioso
Y el de adalid esforzado;
Y aquí los cuatro elementos
Con negra saña mezclados,
A la nada redujeron
Todo el poder del humano;
Mas ora en tranquila calma
A mi barquichuelo insano
Por tu apacible corriente
Libre le dejas el paso;
Mas qué mucho, si amor solo
Con su poder soberano
Lo que la fuerza no rinde
Rinde con dulces halagos;
No soy imperiosa nave
Del atrevido Britano,
Ni el pabellon enarbolo
De leones y leopardos;
A amor, á amor solo sirvo,
Él me selló con su mano,
Y soy de su grata corte
El mas humilde vasallo;
Y tú ¡ó mar! ya me conoces,
Si fácil me das el paso,
Pues rindiendo poderíos
Llevas de amor los esclavos.

IV.

No arribó mas placentero
El náufrago y pio Eneas
Al régio alcázar de Dido
Despues de horrible tormenta,
Ni en sus bellísimos brazos
Ninfas, Gracias y Sirenas,
Con mas placer recibieron
La diosa que en Chipre reina
Que el que sintió el pecho mio
Cuando al horizonte viera,
Alzada la gran muralla
Que mis delicias encierra:
Tardo el vuelo de mi nave
A mi anhelar pareciera,
Y tardo del sacre el vuelo,
Y tarda veloz centella;
Pues el amante que vuelve,
Despues de penosa ausencia,
Siente doblados deseos
Cuando á su dicha se acerca;
Que es el amor cual el fuego
Que desde léjos no quema,
Y su poderosa llama
Se siente cuando está cerca.
Al punto tomé mi lira
Que abandonada yaciera,

Al son de amor acordando
Sus flojas y omisas cuerdas;
Y á par de blando favonio
Y de la espuma ligera,
A Gades le dirijía
Mi amorosa cantinela.

O Gades, mi patria,
Y patria de aquella
Deidad apacible,
Que mi alma sustenta!
¡O cielo sereno
Do brilla tu estrella,
Que de Urania adorna
La hermosa diadema!
De Hércules fenicio
Fundacion soberbia,
De Balbo, de Lucio,
Y de Columela;
De bravos Geriones
Dádiva y ofrenda;
De Pompeyo ilustre,
Del ínclito César;
Preciosos delfines
En tu escudo ostentas,
Y del Leon numida
La garra y melena;
Cual árbol frondoso
Que en la primavera,
De amores el nido
A tórtolas diera,
Abriga en tu seno,
Dó mi vida alienta,
Al mas fino amante
Que vido la tierra;
Eternos loores
Sonarán mis cuerdas,
Quemaré en tus aras
Felices ofrendas;
Así el voraz tiempo
Respetando veas,
Tus vistosas torres
Y todas tus prendas;
Y yo en dulces lazos
Gozando de aquella
Deidad apacible,
Que mi alma sustenta.

Juan M. Arrambide.

UN AVARO.

Fué concebido de noche
A oscuras y muy barato,
Porque su madre lo tuvo,
Segun dicen, de regalo.

Nació en febrero, por ser
El mes mas corto del año;
Y nació de siete meses
Solo por nacer ahorrando.

Por no dar, no dió á su madre
Ni los dolores del parto,
Pero le quitó la vida
Que es lo que halló mas á mano.

Así se vino á este mundo
Solo, desnudo y descalzo,
Con la boca muy abierta
Y los puños muy cerrados.

Por no perder ocasion
De aprovechar piés estraños,
A todas partes queria
Que lo llevaran en brazos.

Ya es hombre, si es que es posible
Que puedan llegar á tanto,
Estas berrugas que suelen
Salirle al género humano.

Vedle bien: tiene los ojos
Hundidos solo por cálculo,
Porque á la luz sea á quien cueste
El trabajo de buscarlos.

Jamás ofrece su casa,
Ni su amistad, ni su mano,
Mas por llevarse, es capaz
Hasta de llevarse un chasco.

Con ojos ávidos mira
Al cielo de vez en cuando,
Desde que ha oido decir
Que la luna tiene cuartos.

Cuando no hay otro, pretende
Sacar de sí propio algo,
Y no pudiendo otra cosa
Suele quitarse los años.

No cambiará su mirada,
Aunque lo hagais mil pedazos,
Con ningun tuerto ni vizco,
Por no perder en el cambio.

No paga ni las visitas,
No vuelve ni los recados,
No presta ni la atencion,
No gasta ni el tiempo en vano.

Sí para doblar la usura
Busca el medio mas barato,
No dice: *estos pasos doy*
Si no: *yo tomo este paso.*

Cuando el invierno es tan crudo
Que le hiela hasta los tuétanos.
Duda de tomar el sol
Por no dar sombra al tomarlo.

No bebe por no sudar,
No come por estar flaco,
Por no dar despues de muerto
Alimento á los gusanos.

No vive, porque en sus cuentas
Vivir es un despilfarro,
Ni se muere porque sabe
Que le debe costar caro.

Alma no tiene, pues supo
Que el tener alma es un gasto,
Y fué su primer negocio
El vendérsela al diablo.

Se llama.... sonad dos duros
Y él acudirá en el acto,
Aunque adivine á cien leguas
Que esos dos duros son falsos.

Todo lo dicho no es nada,
No son mas que cuatro rasgos,
Un perfil imperceptible,
Una sombra del avaro.

José SELGAS.

AMOR PREDESTINADO.

Ah! c'est elle! ó mon cœur tu ne peux t'y tromper
Nulle autre d'un tel coup ne pouvait te frapper!

LAMARTINE.

Oh ¡cuán hermoso y bendecido dia
Es aquel en que encuentra el hombre triste
La imágen que en sus sueños concebia
Las desdichas que anheló!

Esclavos de la ley de su destino
Dos seres que jamás se conocieron,
Dánse la mano en medio del camino
Y se dicen su amor.

Entonces uno al otro se murmuran
Palabras misteriosas al oido,
Y un porvenir de venturanza auguran
Mirándose los dos.

Se dicen los delirios que tuvieron,
Las lágrimas que á solas derramaron,
Y cuántas quejas á los aires dieron
Y el viento se llevó.

Se recuerdan sus penas ó su gloria,
El curso breve ó lento de la vida,
Los episodios de una bella historia
En época anterior;

El casto fuego que en sus pechos arde,
Y su perenne afan.... y se lamentan
De haberse hallado demasiado tarde
Del tiempo que pasó.

¡Qué grato es este encuentro! ¡Cuántas cosas
Dulces al corazon en tal momento,
Despiertan intenciones generosas,
Y una y otra ilusion!

Dígalo yo que al borde de un abismo
Cuando menos pensaba, hallé en un ángel
La mitad que buscaba de mí mismo,
Mi postrimer amor.

Hallé por fin, el bien que yo queria,
Mi columna de fuego por la noche,
Mi columna de sombras por el dia,
Mi sueño y mi pasion.

***

Es ella!—dije yo,—la verde palma
De mi esperanza, mi ilusion mas bella.
Es ella, sí!—me respondió mi alma:
—¡Es ella! sí, es ella!

Hermosa realidad de mis amores,
Astro escondido en una nube parda,
Encarnacion de un sueño de oro y flores,
El ángel de mi guarda.

La imágen es que concebí á mis solas
Al rayo tibio de la tarde, cuando
Triste y errante sobre azules olas
Yba yo navegando.

Eres tú!—dije al verla;—y ella esclama
Es él! es él!—mi bendecida estrella,
El ser desconocido que me ama....
Y yo repito:—¡es ella!

Se le escapa mi nombre en un suspiro,
Tiembla, se turba y con secreto anhelo,
En el perfume de su labio aspiro
Un perfume del cielo.

Me reconoce por instinto y siente,
Planta en un vaso de cristal nacida,
Por sus venas correr como un torrente
La savia de la vida.

Comprendió mis delirios y mis rimas
Siempre á morir á sus oidos fueron,
Y cuando andaba yo por otros climas
Sus ojos me siguieron.

¡Qué ageno estaba yo de tanta gloria!
¡Qué ageno sí, de su pasion secreta
Y de tener altar en su memoria,
Solo por ser poeta!

Antes que yo llegara, lentamente
Su existencia en silencio discurria,
Y en su serena y nacarada frente
Ninguna sombra habia.

Pero le hablé de un porvenir florido
Y me escuchó con natural empeño,
Tenté á mover su corazon dormido
Y despertó del sueño!

Mi espíritu de bronce doblegado
De su hermosura esclavizar se deja,
Y desoye en los tiempos que han pasado
Una voz que se queja.

La rica luz que de sus ojos lanza
Borra mis juveniles desacuerdos,
Y surge encantadora la esperanza
Del mar de mis recuerdos!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

PEPITO Y PEPITA.

Tú te llamas Pepita
y yo Pepito,
mira que matrimonio
tan igualito.

(CANTAR.)

Soltero estaba Pepito
muy feliz é independiente,
mas le cogió de repente
el amor en su garlito.
Un dia (yo no recuerdo
cuando fué) vió una doncella
y quedó loco por ella,
aunque era chico muy cuerdo.
La muchacha era bonita
desde la frente á los piés,
bautizada en *San Ginés*
con el nombre de Pepita.
Súpolo esto por un aya
de la tal niña, Pepito;
y díjola á voz en grito:
—"Por tí me muero, tocaya.
¡Yo Pepito y tú Pepita!
es singular este caso,
y no es obra del acaso
si bien se recapacita.
Que además de ser iguales
en el nombre del bautismo,
nos acontece lo mismo
en las prendas corporales.
Tú eres si no veo mal

una morena salada,
y yo (no me alabo nada)
soy un moreno con sal.
Nuestra estatura yo infiero
que en un todo se asemeja;
somos la mejor pareja
para salir de bracero.
Yo estoy flaco y tú estás flaca;
los flacos deben quererse
para unirse y defenderse
si algun gordo los ataca.
Tu cabello es negro puro,
como las alas de un cuervo:
y el mio, si mal no observo,
pasa de castaño oscuro.
Tenemos en fin, Pepita,
muchos puntos semejantes,
y á que seamos amantes
esta semejanza invita.
Y al vernos tan igualitos
cruzar la calle amorosos
esclamarán los curiosos:
¡Aquellos son los Pepitos!
Si nuestros hijos, ¡qué gloria!
tambien Pepitos se llaman,
verás, niña, cómo esclaman:
¡Esta sí que es *pepitoria*!
Y al ver mi amor infinito,
firme, puro, y sin quebranto,
dirán que te quiero tanto
que por tí me *despepito*.
Si la salud se me quita
y estoy espuesto á un destrozo,
dirán: "¡que viva ese mozo,
y viva con su *Pepita*!
Y contigo siempre ufano
viviré en amor eterno
en verano y en invierno
y en invierno y en verano.
No es tu pecho compasvio
si mis amores rechazas:
ay! no me dés calabazas
porque no te las recibo."
Tal dijo el mozo á la niña
que contestó sin rodeos:
—"si tales son tus deseos
casémonos, no haya riña.
Bueno, bonito y barato,
eres un novio esquisito,
en tí me encuentro, Pepito,
la horma de mi zapato."

Casáronse y fué bendita
la union de los dos tocayos,
y un sol de dicha infinita
hoy vierte espléndidos rayos
sobre Pepito y Pepita.

V. Martinez MULLER.

ADVERTENCIA.

Nuestro amigo el Sr. Mobellan, que há tiempo amenizaba nuestro periódico con sus interesantes revistas madrileñas, parte al Africa como secretario del Sr. general Latorre, noticia que ya nos habian comunicado los periódicos. En adelante se encargará de aquella tarea el Sr. Moroy.

REVISTA DE MADRID.

Gaditanas y gaditanos! yo os saludo.

No me conoceis.

Pero eso no importa.

Un nuevo revistero os saluda, y vosotros sois demasiado galantes para que no acepteis con benevolencia este saludo.

En tal confianza, al menos, me atrevo á tomar la pluma para relataros en desaliñada prosa los acontecimientos mas notables que han ocurrido durante el presente mes en la coronada villa.

Así cumplo un deber de amistad, y lleno el hueco que de otra manera forzosamente habia de dejar en la revista mensual la ausencia de mi querido amigo Mobellan.

He nombrado á Mobellan; he hablado de su ausencia, y forzoso es que os esplique la causa que la produce; porque tambien esta entra en el número de los acontecimientos notables.

Os lo juro á fé de revistero.

No me creeis?

Pues escuchad.

Por espacio de mucho tiempo, Mobellan ha consagrado sus vigilias y sus afanes á escribir para vosotros. Sus versos, como su prosa, eran dulces y armoniosos. En todos sus escritos se revelaba la pureza de su alma y la excelencia de su corazon. Mobellan nació poeta; y tal vez esto mismo nos habia hecho creer que solo servia para hablar el lenguaje de los ángeles. Pero hete aquí que de repente surje una cuestion delicada, que en un principio se juzgó posible arreglar por las vias diplomáticas; pero que despues se vió que no habia medio de resolverla si no era por medio de las armas. Pues señor, la nacion hidalga por excelencia; la nacion guerrera de otros tiempos declara la guerra al moro, y los españoles se entusiasman y se aprestan gustosos para la pelea. El sentimiento patriótico se despierta en todos los corazones. Las provincias en masa se ofrecen voluntariamente á cooperar por cuantos medios sean posibles al triunfo de la cruz sobre la media luna, y en momentos tan solemnes, los habitantes de las montañas cántabras, esos nobles hijos de la nacion española, tan nobles y tan leales como sufridos y valientes, dejan las comodidades del hogar doméstico, lanzan al aire los sonidos de su cuerno de guerra, se unen, se alistan, forman batallones, y empuñando las armas, esas armas que sus mayores les legaron como prendas gloriosas porque en ningun tiempo fueron vencidas, sino siempre vencedoras, descienden de sus montañas y se aprestan para ir á castigar á los enemigos de su religion y de su patria.

Este es un noble ejemplo que hará enmudecer de hoy mas á los que siempre miraron con malos ojos las prerogativas que gozan las provincias vascongadas.

Pero volviendo á mi narracion, os decia que en toda la tierra de Vizcaya no se oia mas que un grito: el grito de guerra, ni se ocupaba nadie mas que de una cosa; de los aprestos de guerra, cuando en medio de tanto estruendo y de tanto tumulto, se levanta una voz robusta, vigorosa, arrogante, llena de ardor, de entusiasmo y de vida, para hablar á los vascongados el lenguaje mas valiente que se ha oido en los modernos tiempos.

Eran unas proclamas.

Yo las ví y las leí, y os aseguro que no podia creer que fuesen obra de la misma pluma que habia escrito *Consejos á una niña* y *Amor de un dia*, de aquella pluma que hasta entonces solo habia servido de instrumento para formular por escrito las imágenes y sentimientos bellos de un alma delicada, de un alma de poeta. Pero no habia duda. El nombre de Mobellan se leia al pié de aquellos escritos entusiastas; los rujidos de guerra que á mí me habian espantado eran suyos; y me convencí completamente cuando despues de leer que él se ofrecia á servir como simple soldado, le ví correr hácia Guipúzcoa para que lo alistasen el primero en los tercios vascongados!

Ya no hay remedio, gaditanas y gaditanos.

Mobellan se va á la guerra, y os quedais sin vuestro habitual y querido revistero.

No creais, sin embargo, que al marchar no se acordó de vosotros, pues me encargó que os saludara en su nombre, y que procurase hacer de manera que no careciéseis ningun mes de las revistas de Madrid. No hay que deciros si lo primero haré yo con gusto. Pero, ¿y lo segundo? ¿Cómo llenar cumplidamente el vacío que en esta seccion del periódico deja Mobellan? ¿Podré sustituirlo dignamente? Si os dijese que es imposible no haria mas que repetiros una cosa que está ya en vuestras conciencias; pero, y si á esto agregamos mi falta de valor, mi irresolucion para suplantar con mi humilde prosa lo que él sabia llenar con graciosas narraciones, os acabareis de convencer que habeis perdido mucho con la guerra que os arrebata á Mobellan, vuestro querido y mimado revistero.

....

Hablemos ahora de nuestro pleito.

Quiero decir, de nuestro asunto, ó de nuestra revista.

Pues señor, pelillos á la mar, y vamos contando.

Comenzaremos por el comienzo.... del mes, y en esto siquiera procederemos con mas método, y estaremos mas en el órden que esos graciosos dramaturgos que, queriéndola echar de majos, sin reparar en que no hacen mas que repetir un plagio muy antiguo, suelen poner en boca de un actor que va á pronunciar una relacion larga, las palabras ya muy usadas de *"en fin, señores;" gracia* que, siempre que la he oido (y cuenta que la he oido con mas frecuencia de lo que seria de desear), ha tenido la virtud de producirme escalofrios y de agolparme la sangre á las megillas.

Pero no nos distraigamos.... ni nos separemos de nuestro objeto. El compromiso de hacer una revista es formal.

Hagamos, pues, una revista.

El mes de Noviembre, cuando comienza, como ha sucedido con el que acaba de espirar, con dias claros y serenos, me ha producido siempre el mismo efecto que esos hombres que, habiendo llegado en la carrera de su vida á los dinteles de la ancianidad, todavía se esfuerzan por prolongar la existencia de placeres y de goces que disfrutaron en su edad robusta, sin conocer, insensatos! que luchan con el imposible de la naturaleza que ha impuesto leyes sabias, inmutables y eternas á todo lo que ha sido obra del Criador. Todo tiene su época marcada; y así como las personas que antes he nombrado ven burlados sus deseos por el imposible de los años, así tambien el último mes del otoño, anciano colocado entre la decrepitud y la edad madura, es inútil que prometa lo que nunca podrá cumplir. Las arrugas de la impotencia se marcan en la fisonomía del anciano como en la del mes mas anciano del otoño. Solo que las arrugas del primero son arrugas, y las del segundo son agua, huracanes y hielos.

Por eso yo desconfiaba de la cara risueña con que nos saludó Noviembre este año.

En Madrid se disfruta con frecuencia de dias claros y hermosos, aun en la estacion mas cruda del año.

Es privilegio que no gozan aquellos paises que mas fama llevan de poseer climas benignos.

Y si supiérais el encanto que ofrece Madrid en el invierno en dias de esta clase!

No parece sino que se dan el santo y seña todas las hermosas damas para lanzarse á la calle. En semejantes dias, Madrid no tiene feas; ó si las tiene se ocultan en casa corridas de vergüenza.

Si un forastero hubiese de juzgar de las mujeres de Madrid por las que viese en un dia claro de invierno, os aseguro que volveria á su pais diciendo que las madrileñas eran las mujeres mas bellas del universo.

Y sin embargo, estas bellezas de mérito tan indisputable (no hay que negarlo que lo tienen), no se dan á luz mas que en dias como los que os digo. En todo el resto del año no se las vé por ninguna parte, y en verdad os aseguro que tengo viva curiosidad por saber donde se meten, pues no parece sino que, como las perlas preciosas, se encierran en su concha para no volver á abrirla mas que en alguna solemnidad.

Sentado este precedente no os estrañará ya que os diga que, habiendo hecho dias muy hermosos al comenzar este mes, el paseo de la Castellana, ese desahogo de buen tono que tiene Madrid, se viese favorecido por todo lo que de mas elegante y seductor hay en la poblacion. En efecto, á eso de las tres de la tarde comenzaban á bajar ricos y ostentosos trenes por la calle de Alcalá y Paseo de Recoletos, y al poco tiempo las alamedas y bosquecillos de la Castellana, así como su paseo de coches y de caballos, se convertia en una Babel de buen gusto, donde mezcladas en gracioso desórden, y con los rostros radiantes de satisfaccion y de hermosura, se paseaban á los ojos del curioso observador, to-

das esas bellezas, verdadero tesoro de amor y de ternura.

El paseo de la Fuente Castellana es el paseo decente que tiene Madrid. Esto no hay que dudarlo; pues aunque el Retiro y el Prado son, si se quiere, mejores, considerados simplemente como paseos, el buen tono huye de ellos como el ciervo del cazador.

Me direis, tal vez, que exajero mi pasion por el paseo de la Castellana; pero yo solo os podré contestar que en él soy feliz. Yo sé por qué.

Desgraciadamente las arrugas del mes de Noviembre, aquellas arrugas de que antes os he hablado, han venido á privarme de esta felicidad, pues no hay que pensar en la Castellana mientras la mano de Dios no haga estirar, siquiera sea por breves dias, la epidermis de aquel señor.

En la actualidad nos encontramos metidos en agua como los patos del Retiro.

Y á propósito del Retiro: qué felices debieron ser los cortesanos de Felipe IV!

Los cortesanos del dia apenas se les parecen en nada.

Por no parecérseles ni siquiera se asemejan á ellos en la inmoralidad.

Es verdad que en cambio no son tan desdichados como aquellos...

Los cortesanos de entonces pasaban la vida galanteando á las comediantas en los corrales...

Los de ahora se gastan su fortuna y su vida en el coliseo Real donde vienen á parar todas las *famosas* cantatrices.

¿Qué semejanza hay, pues, entre los cortesanos de entonces y los de ahora?

Ninguna, como no sea la de que unos y otros han dado pruebas de su amor al arte.

Y ya que hablamos del arte, preciso será que os diga, aunque con todo el dolor de mi alma, que va en decadencia.... que agoniza.... que se muere... pues nada importa que haya habido un Palou que con su *Campana de la Almudaina* viniese á prestar vida y aliento al cadáver, si despues de autor tan eminente, ha caido sobre nosotros una plaga de autores patriotas que con sus *apropósitos* que mas bien debieran llamarlos *despropósitos*, parece que se han empeñado en suministrar á grandes dósis á la escena el veneno corrosivo que la ha de desfigurar....

Qué detestable es todo lo que en semejante género nos han presentado en los teatros de la Córte estos últimos dias!

Tan malo es, que ni aun teniendo en cuenta lo laudable de la idea que ha movido á los autores á perjeñar estos despropósitos, se les puede perdonar la torpeza con que lo han hecho.

Y hablo así, por no decir que por lo mismo que la idea era laudable se les puede perdonar menos su torpeza.

Pero basta ya de asuntos enojosos, que siempre lo son aquellos en que nos vemos precisados á usar de la pluma para formular censuras.

He mencionado á Palou, y no quiero concluir sin deciros que es un jóven tan lleno de modestia como rico de talento y de inspiracion. Hasta hace algunos dias nadie le conocia; pero su grande obra, su *Campana de la Almudaina* (que, entre paréntesis, vivirá mientras haya teatro) se ha encargado de publicar su fama con grande estrépito de uno al otro confin de la tierra.

Mi amigo Selgas ha dicho que no sabe si la Real Academia encontrará algun concepto que censurar en esta obra, pero que apesar de todo no puede menos de tener el honor de mencionarla á sus lectores como obra *de mucho mérito*, y yo añadiré que mientras la Academia abra la boca para formular una censura, los ecos de la fama y los aplausos de cuantos vean el drama, ahogarán sin tregua las palabras de aquella señora.

En fin, gaditanas y gaditanos, os emplazo para que os convenzais de la verdad de cuanto llevo dicho, hasta el dia en que tengais la suerte de ver puesta en escena la bella obra del Señor Palou.

El público de Cádiz lleva fama de ser uno de los públicos mas inteligentes é ilustrados, y no dudo, no puedo dudar de que le hareis justicia.

Entre tanto os diré refiriéndome al teatro Real, que tambien antes he mencionado, y que es el único de que no os he dado cuenta, que poco á poco y penosamente vá arrastrando una vida trabajosa para el público por falta de artistas hábiles, pero animada y rozagante para los empresarios por sobra de oro que entra en sus gabetas. Ya sabeis el trueno gordo con que se inauguró la Grissi al debutar con la *Norma* en el teatro Real. Pues bien, á pesar de todo, y gracias á no sé qué influencias poderosas ha logrado aquella señora hacerse aplaudir con furor en la bellísima partitura de Mayerbeer, en esa obra maestra que se titula *Gli Hugonotti*. Imposible parece que la Grissi, reprobada por el público de Madrid, elijiera para rehabilitarse á los ojos de este mismo público la obra mas difícil de interpretar con acierto; pero mas imposible se hace aun que haya salido con su intento. Verdad que esto no es del todo exacto. La señora Grissi en los Hugonotes no hizo otra cosa que darnos una nueva prueba de su impotencia como artista, pues no hay duda que desempeñó su parte bastante desgraciadamente. En cambio, gracias á las poderosas influencias de que antes he hablado, se hizo aplaudir, y esto es lo que interesaba al buen nombre de la Grissi. Dígalo, si nó, cierto telégrama que aquella misma noche se trasmitió á Paris, para que *La France Musicale* viniese diciendo al otro dia: «la Grissi ha obtenido un triunfo completo en *Gli Hugonotti*.»

Les parece á Vdes. señores?

Suceden cosas en el mundo que solo por lo raras merecen consignarse.

Pero veo que me voy estendiendo demasiado, y preciso es que dé fin á esta revista. Con todo no lo haré sin mencionar antes algunos hechos.

El dia de difuntos en Madrid se celebra siempre comiendo *puches*, y este año, como los anteriores, los habitantes de la villa del madroño se aplicaron con afan en aquel dia á tan inocente ocupacion.

Lo mismo sucedió el dia de San Eugenio. Fue-

ron tan numerosas las caravanas que se dirijieron al Prado á comer bellotas, que dudo si habrán dejado alimento para los animalitos que se crian en el Real sitio.

Os cuento estas pequeñeces porque no hay sucesos de mayor entidad que relataros.

Yo bien quisiera hablar de esas grandes fiestas, ó de esos saraos de que se ocupaba Mobellan en sus revistas; pero cómo hacerlo, si no tengo noticia de que en este mes haya habido nada de extraordinario? La única recepcion que hubo fué la de los Infantes de España, duques de Montpensier, á su llegada á esta corte.

El dia de la Reina se pasó sin besamanos.

En cambio las tropas de la guarnicion formaron en el Prado á la vista de un gentío inmenso, que luego se agolpó á la calle de Alcalá para presenciar el desfile.

Nada mas os digo por hoy.

Sed indulgentes conmigo.

PEDRO MANUEL DE MOROY.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Con estas idas y venidas la noche se fué acercando, y despues de haberse dado sepultura al infeliz Gonzalo, todos aquellos guerreros que durante la mañana se habian batido con el mayor entusiasmo y valentía, se entregaron al sueño. El campamento quedó confundido en triste oscuridad y profundo silencio; y á escepcion de Rugier de Lauriga, D. Lope de Haro y los soldados que estaban de centinela, todo el mundo yacía entregado al reposo.

Mientras que Rugier permanecia en su tienda pensando en la muerte del alcaide y en los males que Doña Ana deseosa de vengarse habia causado á todos, D. Lope de Haro salió á dar una vuelta, porque tambien tenia muchas cosas en que pensar. No habiéndose propuesto seguir en su paseo ninguna direccion fija, la casualidad le llevó hácia el sitio en donde se elevaba una magnífica tienda sobre la cual se destacaban sobre un grande escudo las armas de Castilla.

D. Lope hubiera continuado su paseo con la mayor indiferencia del mundo; pero le pareció oir pasos á muy corta distancia, y un segundo despues distinguió en medio de la oscuridad un bulto que se deslizaba rápidamente en direccion de una de las puertas de la tienda indicada. D. Lope se lanzó en su seguimiento con la espada desnuda en la mano. El rey no estaba ya en aquella tienda; pero era indudable que la persona que de tal modo llegaba hasta allí trataba de espiar, y aun acaso de consumar algun crímen. D. Lope quiso dar la voz de alerta; pero se propuso castigar por sí mismo al misterioso y atrevido rondador, el cual, reparando sin duda que iban en su seguimiento, echó á correr á la ventura con la mayor velocidad.

El de Haro vió trocada en evidencia su sospecha y aceleró su carrera con tanta decision y prontitud, ó mejor dicho con tanta fortuna, que al cabo de un brevísimo rato el que le precedia perdió las fuerzas, tropezó en medio del camino, y sin quererlo dió con una rodilla en tierra. D. Lope llegó hasta él y antes de que pudiese levantarse le amenazó con pasarle de parte á parte si inmediatamente no se confesaba rendido.

Al tiempo que esto sucedia pasaba por aquellas inmediaciones una ronda compuesta de varios soldados y un oficial que llevaba una linterna en la mano. D. Lope llamó y contestando al respetuoso saludo que le dirigiera le dió órden para que se apoderasen inmediatamente de aquella persona que acababa de caer en sus manos.

El oficial dió un paso hácia adelante, la luz dió de lleno en el rostro del desconocido prisionero que acababa de levantarse y D. Lope lanzó un grito de admiracion y sorpresa.

El de Haro acababa de reconocer á su antigua protectora Doña Ana de Sobradiel que despojada de su barba postiza iba sin embargo vestida con sus hábitos de fraile.

—Teneos, dijo dirigiéndose á los soldados que avanzaban; teneos, dadme la luz y dejadme á solas con el prisionero; tengo que hablar con él.

El gefe de la ronda puso en manos de su superior la linterna, hizo un nuevo saludo y se retiró inmediatamente.

La condesa quedó á solas con el admirado caballero.

—Seguidme, señora, dijo este despues de una breve pausa.

—¿Por qué no me habeis preso? preguntó Ana con insultante ironía. ¿Teneis miedo de pagar con una sangrienta ingratitud los favores que os dispensé cuando estaba suspendida sobre vuestro cuello la cuchilla de vuestro amo?

La condesa pronunció la palabra *amo* con tanta acritud y tanto desprecio que el de Haro sintió enojos al escucharla. Viendo, sin embargo, que era una mujer indefensa y sola quien así le provocaba, trató de dominarse y respondió con mesurado acento:

—Mi ánimo al deciros que me sigais ha sido otro, señora. Creo que tan pronto como llegué á reconoceros, lo cual no era fácil atendido el trage que usais, me habeis visto renunciar á mi primera idea. Os debo algunos favores y no quisiera ser ingrato; mas como es fuerza que hablemos y una dama de vuestro rango no está bien en estos sitios á semejantes horas, traté de conduciros á otro mas á propósito. Si mis ojos no se han equivocado parece que hace un momento anhelábais pe-

netrar en la tienda del rey. Soy complaciente y.... ya lo veis, señora; trataba de conduciros á ella.

—Oh! no, esclamó Ana retrocediendo á su pesar y con el mayor espanto; vos no hareis eso, D. Lope, vos no hareis eso.

Y luego, arrepentida sin duda de haberse mostrado débil, volvió á decir casi con desesperacion:

—Habeis olvidado ya que me debeis la vida de vuestro padre?

—Repito que no lo he puesto en olvido, señora; yo no sé el objeto á que os encaminábais entrando á mi servicio y fomentando la rebelion que un dia tratamos de llevar á cabo; pero ello es que al fin nos dísteis un aviso y que por vos nos libramos de un justo castigo. Ya veis que soy franco puesto que confieso mis culpas; á fuer de leal súbdito yo no debí atentar contra mi rey, que tambien es mi señor aunque esta palabra la hayais pronunciado con tanto desprecio. Digo, pues, que os debo favores y que deseo pagároslos, mas si teneis en cuenta que el rey puede y sabe perdonar, como á mí me perdonó, ¿qué tiene de estraño que yo demande para vos esa misma gracia? Si deseábais entrar en su tienda furtivamente, por qué no habeis de hacerlo siendo yo quien os ha de conducir á ella?

—Eso es imposible, caballero, matadme si quereis antes; yo no puedo ver al rey D. Fernando.

—Mucho debeis de odiarle, señora.

—Le detesto con mis cinco sentidos.

—Y ese odio ¿no habrá de tener un término posible? ¿no habrá de estinguirse jamás?

—Nunca, nunca; se extinguirá cuando yo haya dejado de existir.

D. Lope sintió compasion al oir aquellas frases terribles pronunciadas en un tono lúgubre y sombrío.

—Está bien, señora, dijo; no os conduciré á la tienda del rey, por mas que esté desierta y silenciosa como lo está vuestro corazon en el cual no existe ya la paz de las conciencias tranquilas; venid á mi tienda, debeis estar fatigada.

—Gracias; caballero, me siento muy bien.

La condesa no decia verdad; su salud se habia quebrantado en estremo á fuerza de tanto luchar, y su hermosura tan deslumbradora antes, iba desmereciendo de dia en dia. Su tez tan fina, tan suave, tan blanca como la nieve en otros tiempos, se habia curtido á los rayos del sol y con las inclemencias del aire; su frente parecia menos tersa, sus ojos iban empañándose y sus labios delgados habian perdido su precioso carmin. Aquella naturaleza potente, arrogante, casi inquebrantable, cedia por fin bajo el peso de tanta lucha y tan desesperados esfuerzos; aquella voluntad de hierro se iba quebrantando. La condesa no era la misma, su fé desmayaba, le parecia que la venganza se le iba escapando de entre las manos y que su esperanza se iba trocando en negra y mortal desesperacion. Su estrella, como habia dicho muy bien el malogrado Gonzalo, iba ya eclipsándose. La infeliz veia un abismo á sus piés y sin embargo de que no tenia bastante generosidad para emprender otro camino temia rodar hasta su fondo. Su vida era un suplicio inacabable; tenia horror de sí misma y Dios no le daba el consuelo de arrepentirse. Aquella mujer deseaba morir, pero deseaba vengarse antes.

D. Lope la condujo á su tienda y contempló con pena los estragos que habia sufrido aquella hermosura; creyó que todavía seria fácil encaminarla por la senda del bien y quiso darla algunos consejos pero la condesa pensó que la humillaban y los rechazó con su acostumbrado orgullo. El de Haro conoció que no habia remedio para ella y dijo con abatimiento:

—Sois demasiado terca, señora; sois demasiado terca y es lástima; una dama como vos hubiera sido la joya mas preciada de la córte aragonesa; hubiérais dado mayor lustre á la historia gloriosa de vuestros antepasados y los nobles hubieran hallado en vos un digno émulo de su nobleza y de sus generosas acciones.

—Habeis aprendido todo eso de algun misionero? os lo ha enseñado el amante de la mujer que tanto queríais?

Esta sangrienta burla de la condesa, que D. Lope no esperaba, hizo estallar al cabo su indignacion. Hombre de carácter honrado y probo, aborreciendo por instinto el mal que habia estampado su huella en la frente de aquella mujer, no pudo contener por mas tiempo las ideas que se agolpaban á su mente y respondió con mas gravedad que nunca:

—Teneis razon, señora, ese hombre piensa lo mismo que yo y puede que alguna vez os haya dirigido la palabra en el mismo sentido. Tened presente, sin embargo, que ese hombre no es amante, es esposo lejítimo de la mujer á quien aludís, y que por consiguiente yo he debido dejar de amarla. Los corazones generosos se vengan así de su mala fortuna porque se hacen superiores á ella. ¡Ojalá que vos hubiérais hecho lo mismo!

—¿Quereis decirme á donde vais á parar, caballero?

—Voy á parar á mi objeto, señora; estais en mi poder y os debo la vida. No puedo forzaros á nada, pero quiero apelar á vuestro corazon si hay en su fondo todavía un resto de rectitud y de justicia. Vos sabeis mejor que nadie los males que habeis causado á Rugier, le habeis separado de su esposa, nos habeis hecho creer que Catalina estaba muerta y Adrian, que sin duda os ama con delirio, ha estado á punto de morir á manos de su hermano político, porque le juzgaba autor de aquella desgracia. En tal estado las cosas, yo, señora, no os hablaria de nada de esto; mas como penda de vos la felicidad de esas tres personas, como es necesario que Adrian se convenza de que ha estado loco y que Rugier recobre á su esposa; como esta, segun me dice el de Lara, ha desaparecido de Tordehumos al mismo tiempo que vos, y es probable que continúe en vuestro poder, yo, señora, os ruego en nombre de la humanidad que me entregueis á Catalina. Con esto y con que me jureis no atentar contra la vida del rey de Castilla, yo os lo juro á mi vez, tendré presente que os debo la vida y os pondré en libertad.

—¿Y quién os ha dicho que yo atente contra la vida de vuestro amo? ¿Será porque vos atentásteis en otra ocasion...?

—Nunca, señora; yo pude ser rebelde, pero jamás asesino; jamás hubiera tocado á la ropa de mi rey!

—Sea enhorabnena; mas quién os lo ha dicho...?

—Me lo ha dicho vuestro proceder, vuestras continuas intrigas, vuestros pasos de esta noche.... me lo ha dicho el rigor con que tratais á Lauriga desde que este rehuyó el crímen que le proponíais....

—Miserable! os habrá contado lo que juró no revelar.

—Faltar á un juramento impío es una buena obra, señora; valiera mas que vos faltáseis á los vuestros. Pero es preciso que sepais que aunque Rugier nada me hubiese dicho, bastaria un solo indicio para condenaros. ¿Con qué objeto habeis puesto en manos de vuestro amante Gonzalo el veneno que se encerraba en un pomo de cristal?

La condesa se sintió agitada de un temblor convulsivo al oir las últimas palabras de D. Lope que encerraban contra ella la mas terrible acusacion.

D. Lope, que habia roto los diques de su prudencia, lanzó sobre ella una ardiente mirada. Parecia un juez destinado á fulminar la sentencia de muerte sobre un reo convicto y confeso de su crímen. Ana de Sobradiel estaba anonadada.

CAPITULO XXXIV.

—Gonzalo! ¿qué habeis hecho de Gonzalo? preguntó al fin con tembloroso acento. ¿Con qué objeto me hablais de ese hombre?

—Con el de mostraros que no son meros indicios los que tengo acerca de vuestros planes y haceros ver que estoy enterado de todo.

—Ah! me habrá vendido? habrá sido tan infame....?

—No calumnieis á los muertos, señora. El alcaide de la fortaleza de Tordehumos os amaba locamente, y sin embargo....

—Acabad....

—El infeliz ha exhalado su último suspiro renegando de su amor y maldiciendo vuestro nombre.

—Mentira! mentira! Gonzalo me amaba, Gonzalo vive; me estais engañando y abusais de vuestra posicion.

La condesa estaba furiosa, loca de dolor. Despues de grandes y desesperadas luchas habia conseguido borrar de su memoria la imágen del rey á quien habia querido con frenesí. En la horrible alternativa de vengar á su padre, segun lo habia jurado mil y mil veces, ó seguir queriendo al hombre que en otro tiempo fué su ídolo y su esperanza, Ana de Sobradiel logró sofocar por completo los impulsos de su corazon y se entregó sin reserva al odio profundo que queria profesar al monarca. Debemos decir, sin embargo, que aquel cambio no se habia obrado en ella hasta algun tiempo despues de haber ido á Tordehumos. La causa que lo motivaba solo tenia una esplicacion, pero ella no se la habia esplicado hasta entonces.

Aquel cambio habia sido efecto de otro amor. Aquella mujer que habia despreciado á hombres de elevada alcurnia, que habia visto con cruel indiferencia la ternura con que la amaba el noble Adrian de Montalvo, que se irritaba consigo misma cuando sin quererlo evocaba en su mente la memoria de un rey; aquella mujer, en fin, tan arrogante y presuntuosa, llegó á fijar sus ojos en un podre caballero segundon, sin mas patrimonio que su espada ni mas fortuna que la que ella podia ofrecerle. Queriendo convertir á Gonzalo en dócil instrumento de sus venganzas, se fué habituando á oirle, cobró aficion á su trato y empezó á mirarle con aprecio. Luego le amó sin conocerlo y su amor fué impetuoso, ardiente, voraz como lo eran todos los afectos que aquella mujer podia esperimentar y sentir.

Por eso sintió un dolor inmenso, agudo, supremo, al oir las palabras de D. Lope. Al principio no quiso darle crédito; mas era tan profundo el acento de verdad con que el caballero le hablaba de aquella muerte, que la infeliz se vió precisada á sentarse porque sentia que las fuerzas la iban abandonando.

D. Lope vió rodar una lágrima que brotó de los ojos de la condesa y fué á secarse en sus abrasadas megillas.

—Yo le amaba, dijo sin poder contenerse; le amaba y le han muerto cobardemente. Sí, sí, estoy segura de que le habrán asesinado.

—En cuanto á eso podeis estar tranquila, vuestro amante ha muerto con el acero en la mano; tenia celos y sus celos le han muerto.

—Celos! y de quién ha podido tenerlos?

—Recurrid á vuestra memoria y ella os responderá.

La condesa dió un grito y se puso de pié.

Acababa de recordar en efecto la entrevista que habian tenido la noche antes con Gonzalo, las palabras de este y su marcha precipitada, tan pronto como llegó á divisar á Montalvo que volvia del campamento. Ana comprendió entonces todo lo que habia ocurrido y se persuadió de que su amante habia muerto á manos de Adrian. Lo único que no podia esplicarse era la causa por la cual D. Lope le habia esplicado lo del veneno que ella habia puesto en manos de su amante.

De todos modos no le era ya posible permanecer en aquella situacion tan violenta como angustiosa. Trató por lo tanto de vencerse y teniendo costumbre de conseguirlo fácilmente, dirigió á su interlocutor estás palabras:

—Todos hemos de morir mas tarde ó mas pronto. ¿Teneis algo mas de qué acusarme, caballero?

—Si hay algo mas, lo dejo á vuestra conciencia, señora, por mi parte estoy á vuestras órdenes y espero vuestra contestacion.

—Qué quereis de mí?

—Que me entregueis á Catalina de Montalvo, y que salgais esta misma noche de Castilla jurándome no atentar á la vida de mi rey.

Doña Ana permaneció silenciosa un instante y luego contestó con firmeza.

—Si es esa vuestra resolucion irrevocable, estoy á vuestras órdenes.... podeis ponerme en manos de vuestros verdugos.

—Cielos! qué estais hablando? Sereis tan tenaz, señora, que prefirais la muerte....

—Nada prefiero porque me pedís un imposible. Catalina de Montalvo no está en mi poder; si otra cosa os ha dicho el de Lara, mintió torpe y villanamente.

—Y en cuanto al rey...

—En cuanto al rey es otra cosa; en cuanto al rey...

Doña Ana vaciló un instante y luego continuó en tono concentrado, pero resuelto:

—Os juro por la memoria de mi padre que mis manos no se mancharán con la sangre del rey.

—Os creo, señora, quiero creeros, dijo D. Lope con alegría, mas como la última condicion que me veo en la triste necesidad de imponeros, es la de haceros abandonar á Castilla, porque así lo requiere vuestra propia seguridad y conveniencia, estoy en el caso de anunciaros que dentro de un cuarto de hora marchareis custodiada por algunos soldados de mi escolta. Cuando os halleis á diez leguas de aquí os dejarán en completa libertad.

Un cuarto de hora despues la condesa, vestida con sus hábitos religiosos, abandonaba las cercanías de Tordehumos.

D. Juan de Lara salió al otro dia de Tordehumos; varios de los conspiradores huyeron sin saber á donde habian ido; otros fueron puestos á buen recaudo y enviados á Palencia. Rugier, D. Lope y Fernando hicieron pesquisas infructuosas: el primero logró avistarse con Pero Hernandez, y le hizo saber la última voluntad de Gonzalo. Pero Hernandez lloró mucho por su amo y cobró grande aficion á Lauriga. Entonces se dedicaron todos á buscar á Catalina, y no hubo casa ni rincon alguno que no registrasen. Al segundo dia estaban plenamente convencidos de que aquella no estaba en la villa. ¿Dónde estaba, dónde la habrán llevado? Rugier se desesperaba y en vano querian consolarle sus amigos. El de Haro tenia necesidad de marchar con todas sus tropas en direccion de Alcaudete, y Rugier se propuso ir con él hasta allí con objeto de combatir con los moros y hallar un remedio en la muerte. Ya todo estaba decidido y dispuesto; pero un momento antes de emprender la marcha un hombre puso un escrito en sus manos y se retiró sin aguardar contestacion.

Aquel escrito era bastante lacónico; hé aquí su contenido:

"*Venid, os espera en Sangüesa*—ADRIAN."

—Qué os escribe vuestro hermano? preguntó D. Lope con inquietud.

—Ya lo veis, respondió Lauriga mostrándole el escrito; habiamos quedado en que nos batiriamos dentro de un mes: le atormenta la impaciencia y quiero complacerle. Justo es acabar de una vez.

—Pero ese desafío es una injuria que haceis á Dios; es un crímen que hará desgraciado al que sobreviva.

Rugier se encojió de hombros y no desistió: D. Lope vió con sentimiento que le era imposible detenerle, y tuvo que dejarle partir en compañía de Fernando y de Pero Hernandez que no habian querido separarse de su lado.

—Pobre amigo! esclamó D. Lope enjugando una lágrima y viéndole desaparecer: estoy seguro de que va á dejarse matar en ese horrible desafío.

Al decir esto el de Haro se puso al frente de sus tropas y dió la órden de marchar.

Despues quedó todo en silencio.

Los pacíficos vecinos de Tordehumos volvieron á entregarse á sus faenas ordinarias.

Las inmediaciones de la villa estaban desiertas y tranquilas.

CAPITULO XXXV.

Serian las once de la noche, de una noche lluviosa y oscura. El cielo se rasgaba con la cárdena luz de algun relámpago y el trueno retumbaba á lo lejos. La lluvia no tenia trazas de acabar pronto y apenas transitaba un alma por las calles de Palencia. Solo de vez en cuando las cruzaban algunos soldados de la guardia del rey que iban de patrulla. El ruido acompasado de sus pisadas se desvanecia poco á poco y nada turbaba luego el silencio como no fuese la lluvia azotando los balcones ó el bramido de la tempestad.

Al pasar una de aquellas patrullas por una de las mas principales vias de la poblacion, dos hombres envueltos en sus anchos ropones negros, hicieron un movimiento repentino y se ocultaron en el quicio de una puerta, sobre la cual y en un nicho practicado en la pared, ardia la luz de un menguado farolillo que alumbraba la santa imágen del divino Salvador.

La ronda pasó y los bultos de aquellos dos hombres volvieron á proyectarse en la zona de luz que se desprendia del citado farolillo.

—¿Estás seguro, preguntó uno de ellos en voz baja, de que nuestro hombre no ha salido todavía del cuarto de S. A.?

—Tan segura tuviera yo la salvacion, contestó el interpelado.

La luz de un relámpago iluminó la calle en toda su estension, y los dos hombres se santiguaron devotamente.

—A decir verdad, volvió á decir el primero, yo no sé por qué diablos te empeñas en llevar á cabo esta empresa. Yo sé que el rey quiere mucho á Benavides....

—Y yo sé, replicó el otro con acento brutal, pero sin alzar la voz, yo sé, repito, que S. A. quiere mas á la novia de Benavides, ¿me entiendes?

—Por el alma de mi abuela que no.

—Tu abuela fué una infame gitana, una bruja, y su alma está en los infiernos. Déjala arder en paz.

—Arda en buen hora con la de tu madre, respondió picado aquel á quien iban dirigidas las anteriores galanterías.

Un segundo relámpago brilló en este instante y los dos se volvieron á santiguar.

—Buena noche está para andar á caza de gangas, murmuró el que parecia mas irresoluto.

—Para mí todas son buenas, observó el otro; mi brazo está siempre seguro y mi puñal no se destempla por un aguacero mas ó menos.

—Pues á mí no sé qué te diga; en ciertas ocasiones se me reduce el corazon al tamaño de una avellana.

—Cobarde!

—Dí cuanto quieras; pero no apruebo lo que vamos á hacer esta noche.

—Lo mismo decias aquella en que fué herido el conde de Cinco-villas.

—Tienes razon; me acuerdo que era una noche como esta; el conde no nos habia hecho daño alguno y era padre. ¿Querrias tú que te privaran á traicion de las caricias de tu hijo?

—Jamás he pensado en eso; lo único que me acuerdo es del oro que recibí.

—Triste, muy triste es nuestro modo de adquirirle!

—Cállate, imbécil; si no sirves para el oficio, vete y déjame en paz.

—¿Pero estás seguro de que el rey no nos mandará descuartizar si llega á saberlo?

—No le hacemos un servicio? ¿no quiere mas que á las niñas de sus ojos á esa otra que van á casar con Benavides?

—Pero el novio es muy amigo de S. A., piénsalo bien, no hagamos una barbaridad.

—Lo tengo pensado; si el rey se enfada nunca sabrá lo que hemos hecho.

—Y quién, entonces, te pagará tu trabajo?

—¿Te has olvidado del infante D. Juan que odia de muerte á ese caballero lo mismo que á otros muchos?

—Silencio, Blas Anton, me parece que alguien se acerca.

Los dos hombres volvieron á esconderse, pero esta vez lo hicieron retirándose hacia un estremo de la calle.

Por el lado opuesto de la misma, casi en el otro confin, habia un edificio mas grande y de mejor apariencia que los demás, cuyas puertas estaban abiertas dejándose ver un zaguan perfectamente iluminado, y por el cual se paseaban de vez en cuando algunos ballesteros del rey.

D. Fernando tenia su alojamiento en aquella casa.

Hemos dicho que Blas Anton y su compañero se habian retirado al advertir que alguien se acercaba.

No se habian equivocado.

Dos hombres vestidos de negro y cubiertos hasta los ojos, habian penetrado en la calle, precisamente por el lado en donde se alzaba la casa á la sazon ocupada por el rey. Al pasar junto á su puerta y viendo la claridad que se escapaba del fondo del zaguan, cruzaron de pronto el arroyo y deslizándose por la acera de enfrente siguieron andando hasta colocarse en el comedio de la calle, á corta distancia del sitio en donde antes habian estado conferenciando Blas Anton y su cómplice.

—Si no es infiel mi memoria, dijo al fin uno de los dos recien llegados, esta debe ser la morada de mi Elvira. Segun las señas que la dueña me dió hay dos puertas de por medio antes de llegar á la casa donde se vé aquel farolillo. Pronto será la hora de la media noche y mi Elvira no dejará de asomarse segun me lo tiene ofrecido. Entretanto, hermano mio, haremos tiempo al pie de aquella imágen bendita.

—Tienes razon, oremos.

Los dos caballeros, pues sin duda lo eran á juzgar por su trage y modo de hablar, dieron algunos pasos mas adelante y poniéndose enfrente de la referida imágen, se descubrieron con el mayor respeto pronunciando luego en voz baja una corta y sentida oracion.

Despues volvieron á cubrirse y se retiraron conversando con calor y misterio.

—El diablo me lleve, dijo Blas Anton, desde su escondite; si esos hombres no son los Carvajales en cuerpo y en alma. No es verdad, Ginés? Apuesto algo á que no has reparado en ellos.

—Pues apostarias mal, respondió el aludido escondiéndose cuanto le era posible. Yo tambien acabó de reconocerlos.

—Pues no decian que el rey los habia desterrado?

—Los habia desterrado de Valladolid; pero ahora están en Palencia.

—Siguiendo á esa muchacha ¿no es verdad?

—Así parece.

—Silencio, Ginés, que vienen hácia aquí.

Los Carvajales, pues ellos eran en efecto, seguian paseando y esta vez se acercaron bastante al sitio en donde se hallaban Ginés y Blas Anton.

De pronto quedaron aquellos inmóviles; D. Juan se apoyó en un hombro de su hermano; su corazon palpitaba violentamente.

Las hojas de una ventana acababan de abrirse y una mujer vestida de blanco apoyó un instante su frente en los hierros de la reja que la circundaba.

—Es ella! es mi Elvira! esclamó el mayor de los dos hermanos corriendo veloz hácia ella.

El otro se quedó inmóvil á cierta distancia fijando su vista en todas direcciones, y procurando evitar una sorpresa.

Cinco minutos despues pasaron por delante de ellos dos hombres que caminaban á buen paso.

Eran Blas Anton y Ginés que buscaban otro sitio donde guarecerse.

—Oh! vete! vete! dijo Elvira temblando al verlos. No desafíes la cólera del rey; no me hagas mas infortunada de lo que soy. Si por desdicha te conocieran.... oh! ¿piensas que yo podria sobrevivirte?

—El rey! siempre el rey oponiéndose á mi dicha, esclamó con despecho D. Juan. Yo le amaba mucho, le amaba casi tanto como á tí, Elvira mia; pero la fatalidad quiso sin duda que él viese tus angelicales facciones y que se prendase de tu belleza.

—Quién ha podido decirte eso?

—Hoy me lo dice mi corazon, me lo dicen mis celos....

—Por ventura tienes celos de mí?

—No sé; yo creo que en tu alma no pueden caber el dolo y la perfidia; pero te opones constantemente á mi felicidad y esto me desalienta y me hace padecer. ¿Por qué no huyes conmigo á lejanos paises? Ah! tú serias mi esposa y yo el mas feliz de los mortales.

—Pero eso sería un crímen; mi padre no tiene en el mundo á nadie mas que á mí; es ya demasiado viejo y mi ausencia le mataría.

—¿Por qué no me concede tu mano?

—Está tan empeñado en que me case con Benavides!

—Benavides.... Oh! no es ese hombre ciertamente el obstáculo que se opone á mi dicha. Todavía no le he visto y por consiguiente no he podido cruzar mi acero con el suyo; pero le veré; le veré pronto y entonces no podrá eludir mi rencor....

—Intentas batirte con él?

—No solo lo intento, sino que espero matarle. Cuando el rey nos desterró á mi hermano y á mí, ese hombre me dirigió en palacio los mas groseros insultos, fué causa de un escándalo, que yo no pude evitar. Además ese hombre me está disputando tu amor, tu amor que es mi vida.

—Pero yo no seré suya; te lo juro por la memoria de mi querida madre.

—¡Cuán buena eres, Elvira! tus palabras son siempre dulces y consoladoras; pero ¡ay! has pensado en los tormentos que te harán sufrir? El rey te ama.

—Y qué me importa todo eso?... yo me echaré á sus plantas, le diré que te adoro, venceré su obstinacion y la de mi padre. ¿Cómo no han de ablandarse al mirar mis lágrimas y mi dolor? Ellos cederán al fin, no lo dudes.

—Pluguiera á Dios que tal sucediese.

—Se lo he suplicado tanto á la Vírgen Santísima que no me atrevo á dudarlo; pero entre tanto es preciso que no espongas tu vida, que no vengas á esta calle hasta que el rey salga de Palencia. Mi padre está durmiendo; pero estoy seguro de que Benavides se encontrará en estos instantes en la cámara del rey; si sale y te vé en esta reja habrá un escándalo, se alborotará la vecindad y mi padre no me lo perdonará nunca... oh! vete, vete, Juan mio, la noche está muy mala y tu hermano estará impaciente. Por otro lado, yo no sé esplicarte lo que he sentido al divisar esos dos bultos que hace poco pasaron por ahí; me parecieron hombres de mala catadura, y Dios sabe si serán dos espías dispuestos á perderte.

—Mi hermano ha hecho mal en no detenerlos.

—Tu hermano ha hecho muy bien; ¿no conoces que si hubiera intentado hacerles retroceder hubieran venido tal vez á las manos y yo hubiera tenido que huir á mi aposento?

—Tienes razon, Elvira, siempre tienes razon.

—Vamos, retírate, estoy temblando de miedo.

—Me amas, Elvira?

—Ya te lo he dicho y vuelvo á repetírterlo: jamás seré de nadie si no soy tu esposa.

—Y lo serás, Elvira mia; todavía somos jóvenes y el cielo se compadecerá de nosotros.

Iba ya Don Juan á retirarse, cuando de pronto se oyó resonar hácia el otro estremo de la calle, un grito pavoroso de dolor y de angustia:

—Socorro! socorro! me han muerto!

Estas palabras llegaron distintamente á los oidos de Elvira y de los dos hermanos, que vieron pasar ligeros como una exhalacion los dos hombres de antes, sin que les fuese posible detenerlos.

—Huyamos, dijo Pedro dirigiéndose á su hermano.

—Jamás! replicó Juan desenvainando su espada y dirigiéndose al sitio de donde partian aquellos clamores.

Su hermano le siguió con el corazon oprimido y ambos tropezaron á pocos instantes con el cuerpo ensangrentado de un hombre que no daba señales de vida.

—Cobardes! le han asesinado! esclamó el mayor de los Carvajales procurando reconocer al que yacía inmóvil en tierra y bañado en un lago de sangre.

Mientras esto sucedia la calle se fué llenando de gente, por un lado acudió la ronda, por otro empezaron á subir una porcion de ballesteros del rey y empleados de su servidumbre que salian precipitadamente de la casa en donde el monarca tenia su residencia provisional; los vecinos se asomaban á las ventanas con luces en las manos, y al ver un hombre muerto y otros dos que se hallaban inmediatos á él, se oyó por todas partes un sordo murmullo de indignacion y sorpresa.

—Daos preso en nombre del Rey, dijo un oficial acercándose á los dos hermanos que acababan de reconocer á Benavides en el muerto que tenian á sus piés.

D. Juan tuvo tentaciones de echar mano á su espada con objeto de defenderse; pero luego cambió de parecer y saludando cortésmente al que le acababa de intimar aquella órden:

—Somos inocentes, le dijo; pero acatamos el nombre de S. A. y estamos á vuestra disposicion.

D. Juan y D. Pedro de Carvajal fueron puestos en un calabozo y quedaron incomunicados.

Elvira vió todo aquello y cayó desmayada sobre el frio pavimento de su estancia.

Blas Anton y su compañero Ginés habian salido de Palencia temerosos de caer en mano de la Justicia.

El rey estaba furioso y juró vengar de un modo cruel la muerte del desdichado Benavides.

CAPITULO XXXVI.

El trágico fin de los Carvajales se halla consignado en la historia de un modo tan triste como verdaderamente singular.

La mas negra desventura pesaba sobre aquellos dos leales caballeros que en vano protestaron una y mil veces contra la imputacion del crímen que se les achacaba y en el cual no habian tenido ninguna participacion.

Sin duda estaba escrito que su inocencia no habia de servirles de escudo para salvar del mas cruento suplicio aquellas vidas que siempre estu-

vieron consagradas á la práctica de las virtudes y de la mas severa y rígida honradez.

Mas ó menos legales y fundadas, las apariencias estaban en contra de ellos y los condenaban en concepto del rey. No queriendo este despojar la sentencia y el castigo de ciertos visos de legalidad y de justicia, hizo prender á otras muchas personas, en contra de las cuales no resultó culpabilidad alguna. El misterio era impenetrable, no habia prueba plena, los dos hermanos juraban y perjuraban que eran inocentes y el rey sin embargo los condenó con todo el poder de su fuerza y de su odio; odio que procuraban atizar con sus pérfidos consejos algunos cortesanos envidiosos, los cuales miraban con ojos iracundos la noble entereza de aquellos caballeros.

La escena ocurrida en palacio cuando D. Juan tuvo su reyerta con Benavides, la rivalidad que existia entre ambos, y el amor que acaso segun habia dicho Doña Ana de Sobradiel sentia el rey por la bellísima Doña Elvira de Pastrana, eran sobrados estímulos para que D. Fernando, que no miraba antes con muy buenos ojos á los Carvajales, viese ahora en estos un objeto destinado á sentir el peso de sus iras y de su poderoso rencor.

Mientras aquella terrible causa se sustanciaba, el rey convocó las córtes en Valladolid con objeto de proporcionarse todos los elementosnecesarios para continuar sus guerras con los moros. Los pueblos estaban contentos porque la reina Doña Constanza habia dado sucesion al trono y tenia un hijo como de año y medio que fué el que reinó mas tarde con el nombre de Alonso el onceno. El infante Don Juan permanecia en Valencia y D. Juan de Lara en Portugal. El rey desembarazado de casi todos los obstáculos con que hasta entonces habia tropezado, pensó en hacer conquistas para ensanchar su poderío. En su consecuencia trató de partir inmediatamente á la guerra y marchó á toda prisa con direccion á la villa de Alcaudete.

La reina Doña Constanza, su esposa, le estaba esperando en Martos donde el rey se detuvo un poco, y con él la mayor parte de los caballeros de su corte. La reina le presentó en una de las conferencias que tuvieron, á cierto pagecillo de ojos negros y hermosos, tez blanca y esbelto talle, que le habia sido eficazmente recomendado. D. Fernando fijó sus ojos atónitos en el rostro de aquel mancebo y sintió en su mente ciertos recuerdos lejanos que no le eran desagradables; luego habló con el pagecillo, y sintió por él grandísima aficion.

Tan pronto como se retiró el page, Doña Constanza se acercó á su marido, le cogió una mano cariñosamente y anunciándole que los dos Carvajales habian sido conducidos allí desde Palencia, trató de interceder por ellos. El rey varió al punto de conversacion mostrando el ceño adusto y espresándose con ademanes un tanto descompuestos.

Su esposa volvió á insistir inútilmente.

—No me hableis de esos hombres, Constanza, dijo entonces D. Fernando levantándose. Voy á comer y á separarme de vos inmediatamente.

—No quereis que os acompañe vuestra esposa?

—En cuanto á eso, lo dejo á vuestra eleccion; mas ved, sin embargo que la guerra no se ha hecho para las damas.

—Irá con vos el nuevo pagecillo?

—Sí, la presencia de ese doncel me agrada sobre manera... Apropósito; ¿no decís que está enfermo mi copero mayor?

—Desde ayer está un poco mas aliviado.

—Pues entretanto que se pone bueno del todo es mi voluntad que me sirva ese page; quiero gente jóven á mi alrededor particularmente en la guerra: ¿Podeis decirme quién os lo ha recomendado?

Doña Constanza no se atrevió á decir que aquel page le habia sido recomendado por su mismo padre el rey Don Dionisio de Portugal, Don Fernando estaba reñido con su suegro y tentado á disputarle por medio de las armas algunos pueblos que ambos juzgaban de su pertenencia. Entre estos pueblos se contaban las villas de Mora y Sierra, situadas junto al cabo de San Vicente.

—Ese page, contestó la reina, me lo ha recomendado una persona que nos quiere mucho y de la cual nada podeis temer.

—Que me place, respondió el rey dando el brazo á su esposa y sentándose un momento despues á la mesa que ya estaba preparada.

Cuenta la historia que el rey era muy amigo de los placeres de la mesa y en este momento no desmintió su aficion. Despues de comer y beber con grande apetito hizo llamar al nuevo page con objeto de que le escanciara suave y espumosos licores. Don Fernando se escedió mas de lo regular y sus ojos chispeaban en medio de cierta febril exaltacion.

En aquel momento pusieron en sus manos algunos pliegos importantes.

Don Fernando fijó su vista en uno de ellos y á medida que iba avanzando en la lectura, su rostro se alteraba visiblemente, sus manos se crispaban y sus labios palidecian.

Aquel pliego estaba escrito por D. Diego de Pastrana y en él hacia saber al monarca que la infeliz Elvira acababa de perder el juicio. Aquel escrito concluia con estas dos terribles palabras: "venganza! justicia!"

—La obtendrá, si, la obtendrá; esclamó el rey levantándose y dando una terrible puñada sobre la mesa.

Al otro dia los hermanos Carvajales fueron conducidos á lo alto de la inmensa roca que domina imponente y amenazadora la antigua poblacion de Martos. D. Juan y D. Pedro, jóvenes aun, llenos de vida, enamorado el uno y henchido de ilusiones el otro, iban á espiar en un bárbaro y afrentoso suplicio la ciega confianza que les habia inspirado en todas ocasiones su nunca vacilante lealtad.

El cielo habia cegado los ojos del rey, mientras el infierno le empujaba por el camino de una implacable venganza.

Al llegar á la cumbre de la peña las pobres víctimas lanzaron una mirada llena de angustia sobre el mundo que iban á abandonar; alzaron luego sus ojos al firmamento y dándose un triste adios,

esclamaron estendiendo sus brazos y dirigiéndose á la apiñada multitud que los contemplaba silenciosa:

—Somos inocentes y morimos por órden del rey; mas ya que no podemos apelar de su justicia en la tierra, le aplazamos para el alto tribunal á donde vamos á comparecer. Rey Fernando, dentro de treinta dias nos veremos en la eternidad.

D. Juan y D. Pedro fueron precipitados por los verdugos que les rodeaban; un grito de terror se escapó de todas las bocas y la multitud vió rodar sus cuerpos que se despedazaron en medio de horribles y espantosas convulsiones.

El rey salió de Martos con direccion á Alcaudete bien ageno de que sus horas estaban contadas y señalado el fin de su vida.

Los Carvajales, por una coincidencia inesplicable, por una especie de adivinacion insólita, tal vez por un milagro de Dios, habian dictado la sentencia del rey.

D. Fernando estaba emplazado para seguir á sus víctimas al concluirse el improrogable término de un mes.

El infausto vaticinio tuvo cumplida realizacion.

Un dia recibió en Jaen la fausta noticia de que la villa de Alcaudete habia caido en poder de sus tropas.

Queriendo solemnizar tan próspero suceso, hizo preparar una espléndida comida, en la cual le sirvió ricos vinos en dorada copa el pagecillo de ojos negros y tez de alabastro, un tanto cubierto de triste palidez.

El rey fijó sus ojos en el rostro del paje y murmuró entre dientes estas palabras.

—Oh! cuánto se parece á la pobre Ana!

Mientras D. Fernando hacía esta observacion el pagecillo lanzó sobre él una mirada llena de odio y en sus labios se dibujó una siniestra sonrisa.

El rey se retiró á su cuarto con objeto de descansar algunos instantes.

Dos horas mas tarde todo era confusion y ruido en el interior del alcázar.

El rey habia fallecido sin que nadie se apercibiese de ello.

Su muerte tuvo lugar el Jueves 7 de Setiembre de 1312, treinta dias despues de la ejecucion de los hermanos Carvajales.

El Dios de la justucia eterna le habia llamado á juicio sin duda.

Por eso se ha trasmitido su memoria con el triste sobrenombre del *Emplazado*.

Su muerte repentina llenó de pavor á todo el mundo, y nadie fijó su atencion en una circunstancia que nada tenía de casual.

El page de los ojos negros, el doncel de la siniestra sonrisa desapareció del alcázar sin que nadie le echase de menos.

Despues de atravesar algunas calles que estaban atestadas de gente atraidas por la noticia de lo que ocurria en la regia morada, el pagecillo tocó en la puerta de una casa de ruin y pobre apariencia; la puerta se abrió al instante y un hombre asaz entrado en años salió á su encuentro con faz medrosa y misterioso ademán.

Uno y otro se precipitaron en el interior de un humilde aposento que estaba débilmente alumbrado por la luz de un mezquino candil.

(Se continuará.)

AMOR DE UN POETA.

CAPITULO IX.

JUAN JOSÉ.

La naturaleza humana es harto miserable.

Este axioma lo repite todo el mundo.

Y con razon.

La mayor parte de las acciones de la vida lo demuestran claramente.

Pero pocas veces se justifica de una manera mas completa que cuando el hombre se deja llevar de las primeras impresiones que recibe.

Por lo general el fallo de la criatura es por demás injusto en estos casos.

Personas he conocido que han sido víctimas de una preocupacion que no han podido desvanecer sino con la muerte, sin otra causa que la de mantener siempre viva la imájen de las primeras impresiones.

Y he aquí precisamente lo que me pasó con la Marquesa.

Ya en otra ocasion me sucedió con cierto personaje político que me tuvo alejado de sí muchos años, y aun desatendido, sin embargo de ser persona allegada á mi familia, tan solo por que ciertas particularidades de mi vida, que no son del caso referir, le habian hecho formar una idea equivocada de mi carácter, costumbre y cualidades. Y este hombre (llegó á confiármelo con injenuidad), jamás me hubiera tendido una mano, si la Providencia que pesa las acciones de las criaturas, no le hubiese acercado á mí en una ocasion triste y solemne, para que se convenciera de lo muy injustamente que me juzgaba.

Por desgracia la preocupacion de la Marquesa era de índole distinta, y las circunstancias han hecho que no haya tenido ocasion de borrarla hasta el dia.

En vano trataba de acicalarme siempre que iba á visitarla: en vano variaba de trajes, y hacia por aparecer á su vista como quien yo era, es decir, como persona decente y bien nacida. Bien me vistiese de frac, bien de levita, la Marquesa jamás pudo ver en mí mas que al hombre mal trazado, á quien habia ofrecido una limosna en cambio del servicio que la hiciera al salvarla, y con ella á su familia, de una muerte casi segura. Aun cuando no hubiese tenido otros indicios de la verdad de cuanto llevo dicho, hubiérame bastado para convencerme, la aversion con que, á su pesar, y por mas que hacia por vencer siempre que yo iba á su casa, me recibia.

Ignoro si tambien contribuia á ello el haber penetrado desde el primer momento el secreto de mis

amores con María. Jamás he dejado de creer que la imprudente esclamacion de esta cuando yo abordaba el botecito de paseo fué la causa principal del deplorable fin de nuestros amores. El hecho es que la Marquesa, fuese casual ó intencionadamente, jamás nos dejó solos un instante á María y á mí; y si bien esto no me inquietaba mucho, porque con auxilio de mi barca me acercaba todas las noches á las habitaciones de María, donde pasábamos algunas horas en amorosas pláticas, con todo, debo confesarte que no dejaba de causarme algun recelo.

Un dia entró Juan José muy de mañana en mi cuarto y sin andarse en rodeos me dijo:

—Vengo á darte, y lo siento, una noticia desagradable.

—Pues qué hay, Juan José? contesté tratando de calmar la inquietud que sus palabras me habian causado.

El montañés me miró como si quisiera convencerse del grado de valor con que yo me hallaba para recibir la noticia; y no quedando sin duda muy satisfecho de su exámen, replicó con voz dulce y sentida:

—Tengo un pesar.

—Un pesar tú! y por qué, mi querido amigo?

—Por que temo que no estés satisfecho de mi amistad.

—Yo!

—Tú, sí, Ricardo, dime en qué te he ofendido ó qué motivos te he dado para que me niegues tu amistad.

—Yo!

—Tú, sí; no lo niegues. Tú no eres amigo mio, como yo lo soy tuyo.

—Juan José! Qué estás diciendo! Acaso crees que no te quiero? Acaso porque algunas veces me ves triste, crees que estoy enojado contigo, ó que tu amistad me causa hastío?

—Precisamente porque no creo eso, pues sé como tú mismo la causa de tus tristezas, es por lo que temo que mi amistad para tí valga bien poco.

—No te comprendo, amigo mio.

—Pues es bien sencillo lo que te digo, Ricardo. Tienes tristezas.....

—Sí, algunas veces.

—Y pesares grandes tambien.

—Quién no los tiene en este mundo?

—Todos los tenemos; ya lo sé; pero si hay ocasiones en que nos aquejan por causas ajenas á nuestra voluntad, y porque no ha estado en la humana prevision el evitarlos, en cuyo caso el paciente es digno del respeto y de la consideracion de los demás, tambien hay casos que una confianza hecha á tiempo, ó un consejo pedido con oportunidad y acierto, podian ahorrarnos muchos dias de amarguras, y evitarnos crueles desengaños.

—Amigo mio! le dige arrojándome en sus brazos. La leccion es amarga, y te la agradezco por la delicadeza con que has sabido dármela. Pero por qué has elegido este momento? Acaso alguna desgracia.... Tu lenguaje, Juan José, me dá miedo....

—No temas nada, Ricardo, afortunadamente aun creo que sea tiempo... Estoy aquí á tu lado, y ya que no me hiciste cuando podia serte útil, una confianza, te daré algunos consejos, sinó del todo oportunos, por lo menos provechosos en alto grado. Escucha, amigo mio. Tu llegada al caserío de mis padres, precisamente en el momento que se verificaba la de María á su quinta de Zarauz, no fué casual.

—No, ciertamente.

—Conociste á María en Madrid?

—Sí.

—Pero aunque te enamoraste de ella todavía en la corte no hubo ocasion de que se desarrollase este amor?

—No.

—De manera que, si cuando viste á María hablarme junto al santuario de Nuestra Señora de Iziar, me hubieres consultado y yo te hubiese dicho que desistieses, podias sin gran esfuerzo haberme obedecido.

—Tal vez.

—Y por qué entonces no lo hiciste?

—No lo hice, Juan José.... porque.... fuí un insensato... Mas, ¿por qué me haces unas preguntas tan estrañas? Me das miedo, y sin embargo....

—Cálmate, amigo mio, cálmate. Tu desgracia es grande; pero no irreparable, segun creo.

—Qué está diciendo este hombre? grité fuera de mí levantándome y disponiéndome para salir en busca de María.

—Te ruego que te calmes y que me escuches hasta el fin, replicó tomándome de un brazo y obligándome á sentar nuevamente. Es preciso—añadió—y si no es bastante que te lo ruegue, te lo mando. Escúchame.

—Pero qué? si tal vez tus palabras son ya demasiado esplícitas para hacerme comprender que á estas horas quizás María corre algun grave peligro, ó está enferma, ó se ha muerto! ¿Qué mas quieres que te escuche? ¿Pretendes que despues de lo que he oido te escuche con calma, y sabe Dios, hasta cuando, y sabe Dios el qué? Porque al fin tú tienes miedo, andas con rodeos para darme el golpe; y el golpe, segun he creido comprender, es una gran desgracia.... Qué tienes que decirme?

—Muchas cosas; pero ante todo, sábete que ya no volverás á ver á María.

—María!.... se ha muerto!.... justo cielo!

—No, no se ha muerto; te la han arrebatado.

—Arrebatado! y quién? Oh! Juan José, no seas cruel! Acaba, dí de una vez todo lo que sepas. No me martirices mas con tus medias palabras. Dime quien me ha arrebatado á María; dime quien ha sido el audaz que se ha atrevido á tanto; porque tú no sabes lo que esto significa, ni lo que soy capaz de hacer con cualquiera que sea el que me la haya robado. Oh! sí; lo buscaré, lo encontraré, y por mas que se esconda y que me huya, le retaré en desafío á muerte, y si se niega lo despedazaré entre mis manos como se hace con una bestia.... Que me han arrebatado á María! No.... esto no puede ser.... Tú no estás enterado, Juan José; te equivocas. Hija de mi alma! á tí.... oh! no puede ser....

Tú eras mi existencia, mi vida, mi ilusion, mi esperanza, y no es posible que haya un ser tan cruel que se decida á separarte de mí.... Seria un insensato el que tal hiciese. No, dime que no. Tú misma, María, ven á decir á este hombre que le han engañado; que tú vives, como siempre, pára mí; que no puedes vivir sin mí; que al lado de otro, cualquiera que él fuese, tu vida no seria vida, ni mi existencia podria prolongarse. Oh! ven, ven á decirnos que no hay monstruos en la tierra que se complazcan en amargar la existencia de dos seres inocentes é inofensivos, cuyo único delito consiste en haberse amado con exceso.

La febril agitacion que sentia despues de pronunciar estas palabras no me permitió continuar. Miré á Juan José, y lo ví pálido y silencioso, parado delante de mí, en una actitud digna y severa. Por un momento creí que habia traido la mision de martirizarme sin motivo verdadero para ello; pero al contemplarlo casi tan afectado como yo, no pude menos de comenzar á creer en la realidad del caso, y tomándole cariñosamente de una mano le dije con dulzura:

—Has proferido una espresion que me ha hecho mucho daño; tú mismo lo has visto, Juan José, y no necesito encarecerte la necesidad de que me asegures que has hablado la verdad.

—La verdad he dicho, Ricardo; yo nunca miento.

—En ese caso sabrás quien ha sido el raptor de mi dama.

—Lo sé.

—Y bien; por qué no me lo dices?

—Porque si no fueses un insensato, si el dolor no te ofuscase la razon debiste haberlo adivinado ya.

—Y bien; es cierto que mi razon se halla bastante ofuscada en este momento, y por lo mismo debes suplir con tu palabra, lo que ella no está en disposicion de concebir. ¿Me quieres decir quién ha sido el raptor de María?

—Su familia.

—Su familia!

—Sí, sus padres,

—Sus padres! ellos!.... Y la sacrifican tal vez dentro de los muros de un convento....

—No creo que, al menos por ahora, sea tal su intencion. María vivirá en completa libertad como hasta aquí.

—En libertad! ¿Vivirá en libertad, y dices que me la arrebatan? No te comprendo.... Ah! pero no.... esto no seria posible.... ¿Verdad que no seria posible, Juan José, que ella se casase con otro?...

—Y por qué no? queriendo sus padres....

—Sus padres! siempre sus padres! ¿Pero qué importa que sus padres sean tan inconsiderados que la impongan un sacrificio, si es seguro que ella, (oh! no me cabe duda!) ella no se prestará nunca á ser la víctima!

—Calla, calla, insensato! no blasfemes. ¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Sabes cuanto hay de grande, de augusto, de santo en la suave autoridad de un padre y de una madre? ¿Sabes cuán terrible es y cuán abominable la accion de desobedecer un hijo los mandatos de sus padres? ¿De dónde sales, ó quién te ha criado que tales máximas te han imbuido en esa infeliz imaginacion? Las órdenes de un padre son siempre sagradas, y lo son mucho mas cuando se trata de la suerte, del porvenir, y de la felicidad de los hijos, porque, por regla general, estos no suelen reflexionar bastante cuando están enamorados, siendo así que el fallo de los padres jamás es injusto ni errado para sus hijos.... Por esta circunstancia, aun dado el caso de que no fuese siempre grato y dulce obedecer á los padres, aun cuando para someternos á su voluntad tuviésemos que hacer algun sacrificio, nunca podemos proceder con mas prudencia ni tan acertadamente que cuando acatamos sumisos su parecer y sus consejos.

—Pero eso no pasa de ser una leccion de moral que me das, y lo que yo necesito son consuelos, y mas que consuelos, consejo y ayuda para remover los inconvenientes que me separan de la prenda amada.

—Repito, Ricardo, que no seas insensato. Lo que pretendes no puede ser.

—¡Que no puede ser! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Sabes por ventura lo que es querer? ¿Sabes que á la voluntad del hombre nada se opone? ¿Dónde está María? Dímelo; sepa yo donde se halla, y ya verás lo que valen los mandatos de unos padres inhumanos.

—María no está en Zarauz.

—No está en Zarauz? Pues á donde la han llevado?

—A Francia.

—A Francia! ¿Y sus padres son sin duda los esbirros que custodian el preso por el camino?

—No: sus padres han quedado en la quinta. María, embutida en una silla de posta y acompañada tan solo de su doncella Brígida, acaba de partir para Lyon; la he visto y he hablado con ella.

—Te has despedido de ella!.... Has sido mas feliz que yo!.... Y no te ha dicho nada para mí?

—Sí, me ha dicho mucho, y por eso me ves á tu lado, hablándote el lenguage que me acabas de oir.

—¡Mentira! Oh! No, no... eso no puede ser. El lenguage que has usado supone una despedida eterna de María, y María no puede separarse de mí!

—Que puede separarse de tí te lo probará el hecho de haberlo ya verificado. En cuanto á mentir yo, por segunda vez te digo, Ricardo, que no conozco la mentira.

—Conque es cierto! Conque la pérfida me engañó al jurarme que no amaría nunca á nadie mas que á mí!

—Psh! Eso, aunque lo dicen todas las mujeres á sus amantes, puede muy bien en esta ocasion no dejar de ser cierto.

—Qué escucho! Juan José, tú sabes algo.... Por qué no me hablas de una vez! Qué has oido! Qué te ha dicho! Oh! no me tengas mas tiempo, por piedad te lo ruego, en esta cruel incertidumbre. Hablas de una separacion eterna, y sin embargo dices que me ama....

—Por qué no? Acaso no hay mártires en la tierra...?

—Te comprendo! (Noble criatura!) Sus padres le imponen el sacrificio cruel de toda su vida, y ella, con la resignacion de una santa, se presta á darles gusto..... Pero es imposible que los marqueses ni remotamente sospechen cuán desgraciada van á hacer á esa criatura, porque de otra manera no la exigirian semejante prueba de sumision, y yo no debo dejar que por ignorancia inmolen esa inocente á sus miras de conveniencia..... Sígueme, Juan José; vamos á casa del marqués. Tú dirás á esos señores las frases cariñosas que te ha encargado su hija que me trasmitas: yo afirmaré que son la espresion fiel de sus sentimientos, espondré con toda ingenuidad lo mucho que yo la quiero, les hablaré con ternura, les hablaré á el alma, y... ya verás, Juan José, ya verás como se conmueven y deponen sus rigores. Qué diablo! Al fin son padres y, tú lo has dicho antes, los padres no desean mas que el bien para sus hijos.... Vamos, amigo mio, vámonos; no te detengas mas tiempo, porque cuanto mas perezosos andemos, mas se retardará el perdon que debemos alcanzar para María! Pero qué haces ahí sin moverte!

—Eres un pobre loco á quien, por compasion, hay que respetar.... pero no obedecer.... Sabes lo que estás diciendo? Sabes con quien vas á tratar? Los marqueses tienen un orgullo aristocrático muy grande.

—Son padres.

—Pero padres aristócratas, depositarios de un título que les legaron sus mayores, y que han de velar por trasmitirlo á su hija puro y sin mancha. Desengáñate, Ricardo, el mal no tiene otro remedio que tu conformidad, y para eso estoy aquí, á tu lado, para hacer que te resignes. Si, como te he dicho ya otra vez, hubieses á tiempo depositado en mí una confianza, las cosas no hubieran llegado al grado en que se encuentran; pero ya qué no lo hiciste, ya que preferiste acceder á los impulsos de tu corazon antes que someterte á lo que te hubieran aconsejado la razon y la prudencia, deja una vez de ser loco y no desatiendas el leal parecer de un buen amigo que de veras te quiere.

Y diciendo esto, Juan José, me estrechó con ternura entre sus brazos.

Yo derramé algunas lágrimas.

—Y bien, le dije serenándome de repente y tendiéndole mi diestra. Qué tienes que decirme! Ya te escucho: habla.

—En primer lugar te diré lo que te hubiera dicho hace muchos dias si me hubieses consultado: esto es, que desistas de los amores de María, y hagas por no verla ya jamás.

—Pero esto no puede ser; ya te lo he dicho.

—Es preciso que sea, porque segun tengo entendido.... Díme, qué eres tú?

—Poeta.

—Y.... nada mas?

—La misma pregunta que me hizo el sacristan de las monjas de Sto. Domingo! Cosa mas rara! Pero hombre, no parece sino que para enamorar á la hija de un marqués se hace necesario que tenga uno tambien los padres marqueses! Qué es esto! En qué pais estamos! Me quieres decir qué encuentras de estraño en que no siendo mas que un pobre poeta haya tenido la audacia de enamorarme de la hija de un título?

—Pues no he de encontrar mucho de estraño? Acaso los que te han dado el ser, ó los que te han educado, no te han dicho nunca que no debias soñar con grandezas, sino antes al contrario, conformarte con vivir en la esfera que la suerte te hubiese colocado?

—Juan José! En verdad te digo que no sé cómo escucho con paciencia tus necedades! Si no te conociera, si no estuviese penetrado de la bondad de tu alma y de la sinceridad de tu cariño, creería que te burlabas de mí.

—No tal! Te repito lo que siempre he oido á mis padres y á los sábios del pais. Aquí á lo menos todos obramos conformes con esta máxima, y te aseguro que nos vá bien. "Es un loco, dice la máxima, todo aquel que siendo de condicion humilde, aspire á contraer parentesco con los magnates.... Estos tienen la conciencia de lo que valen, y por lo general jamás perdonan el orgullo vano de los que, sin títulos para ello, pretenden igualárseles." Y en otra parte: "Los ricos acojen siempre con burlas y con sorna á los pobres que tienen la ridícula vanidad de querer alternar con ellos y mezclarse en sus reuniones."

—Pero hombre, quiéres dejarte de tonterías? Si todo lo que me cuentas lo sé desde que leia en la escuela lecciones de moral!... Quieres hablarme de otra cosa? por ejemplo de lo que te ha dicho María para mí?

—A eso voy; á probarte cuán conforme está su lenguage con mis máximas. María me ha dicho: "Si ves á Ricardo, no dejes de asegurarle lo mucho que me cuesta esta separacion.... Ya lo ves.... estoy llorando, y estas lágrimas que ahora vierto con ternura, temo mucho que lleguen á serme muy amargas en el resto de mi vida.... Porque yo.... le amo.... le amo mucho.... y el recuerdo de su memoria que siempre llevaré grabado en mi corazon, será el roedor eterno de mi tranquilidad.... No puedo vivir sin él.... no puedo ni podré jamás amar á otro.... y ya que mis padres no me permiten unir mi suerte á la de Ricardo, mi existencia será estéril, ó para no mentir, será solo fecunda en sufrimientos...." Pero qué tienes, Ricardo! Lloras! te pones pálido! Te sientes malo?

—Sí, sí; malo estoy! Padres inhumanos! padres egoistas sin sentimiento y sin fé, que así sacrificais una hija á la odiosa vanidad de un orgullo loco! Dios os lo tenga en cuenta!

—Qué dices....!

—A dónde dices que llevan á María?

—A Lyon de Francia, á casa de un tio mariscal ó general que tiene allí.

—Vamos pronto. Vé si hay quien me acompañe; si nó iré solo. Quiero verla; es preciso.

—Pero reflexiona que....

—Es preciso digo. Un caballo! pronto, pronto! un caballo!

—En este momento entró Martin en la estancia. Venia sofocado y lleno de polvo.

—Señor!.... me dijo.

—Qué es eso, Martin?, le repliqué.—Otra vez por aquí?

—Traigo una carta que la Señorita me ha entregado para usted al pasar por San Sebastian.

—Una carta! de María! Dame, dámela pronto!

"Ricardo de mi alma! decia la carta.—No me culpes ni me condenes, si por un momento me has juzgado capaz de resignarme voluntariamente á partir sin avisarte, y sin decirte una palabra de las causas que motivan esta separacion. Aun ahora que quiero no me será posible hacerlo. Voy á Lyon, desde donde te escribiré. Por de pronto sábete que llevo el alma destrozada, y que no hago mas que pensar en lo mucho que tú sufrirás por causa de nuestra mala suerte. Mis padres han descubierto todo.... Dios tenga piedad de nosotros. Una vez mas te repito que solo viviré para tí, y que si no puede ser que volvamos á unirnos un dia, mi último suspiro será consagrado á tu memoria.

Dios y mi cariño te acompañen á todas partes.

Tuya hasta la muerte,

MARIA."

La lectura de esta carta puso el colmo á mi sufrimiento. En un gran rato no tuve fuerzas mas que para suspirar, ni vida mas que para llorar. Cuando me hallé en estado de ponerme en camino, dí algunas instrucciones á Juan José, para que los marqueses no echasen de menos mi presencia en Zarauz, y salí, acompañado de Martin, en direccion á Francia.

PEDRO MANUEL DE MOROY.

Seccion de economia doméstica y arte de cocina.

Para limpiar el mármol.

Tómese primero una hiel de buey jóven, una copa de haces de jabon y media de trementina, y fórmese una masa con tierra de pipa: aplíquese esta al mármol dejándola allí por espacio de uno ó dos dias, que entonces se quita por medio de una buena frotacion. Esta operacion debe repetirse por segunda y aun tercera vez en el caso de que no se hubiese obtenido con la primera un resultado satisfactorio.

Procederes para limpiar el mármol.

Tómese una hiel de novillo ó buey jóven, una azumbre de haces de jabon, media azumbre de trementina, y fórmese una pasta con tierra de hacer pipas. Aplíquese dicha pasta sobre el mármol, y déjese un dia ó dos. Pasado este tiempo se quita frotándose con fuerza, y se vuelve á aplicar segunda capa, y hasta tercera, si el operador no ha quedado satisfecho del resultado de la primera.

Otro. El ácido muriático, puro, ó diluido en agua, segun los casos, es tambien un ajente eficaz. Si el ácido es fuerte, quitará al mármol su pulimento, pero fácilmente se le hará recobrar frotando con una especie de fieltro cubierto de polvos de esmeril (estaño calcinado) ó trípoli, y sirviéndose del agua en ambos casos.

Otro. Tómese piedra pomez, redúzcase á polvo finísimo y mézclese con agraz; déjese dos horas esta mezcla en reposo para que se haga perfecto; mójese seguidamente en ella una esponja y frótese el mármol ó alabastro. Lávese despues con un paño y agua fresca, y enjúguese con trapos limpios hasta dejar el mármol bien seco.

Modo de limpiar las esculturas antiguas.

Consiste este procedimiento en tapar los poros del mármol con una mistura de aceite de claveles y cera vírgen, aplicándola caliente al mármol que tambien deberá estar caliente antes de darle la capa; lo que se consigue por medio de estufillas de mano hechas al intento. Esta última operacion se repite para derretir la capa de cera que queda pegada en el mármol despues de fria.

Por este medio se preserva el mármol de las manchas negras que hace en él la humedad, y que solo son efecto de una vejetacion de líquen.

Modo de limpiar los canastillos y cestas de mimbres.

Tómese un pedazo de jabon blando y pásese ligeramente por dentro y fuera de la cesta, de manera que no se rompan las briznas pequeñas, y quede toda enjabonada; tendráse preparada una esponja mojada en agua caliente para frotarla en seguida por ambos lados, renovando el agua, y se continuará en esta operacion hasta que haya tomado la cesta su primera blancura.—Si estuviese muy sucia y amarilla, será preciso repetir muchas veces la enjabonadura y frotacion con la esponja.—Por fin cuando esté ya blanda la cesta, lávese su parte interior y esterior con la esponja embebida en agua de añil, y cuélguese y enjúguese sin frotarla muy fuerte; pues, ablandada por los baños, seria fácil desconcertarla y aun romperla. A este efecto debe hacerse uso de un lienzo caliente que no deje nada de humedad, para que el mimbre no se ponga amarillo. Despues de esta operacion quedarán como nuevos los objetos.

Entradas.

Entradas se llaman todos los platos fuertes que se comen en el primer servicio.

Se componen de carnes, caza, aves, pescados y pasteles grandes rellenos con caza, aves y picadillos de carne ó pescado.

Las entradas se ponen á la mesa antes de que entren los comensales al comedor, si no hay coci-

dó; pero si lo hay se servirán en cuanto hayan comido la sopa y se haya servido el cocido.

Las entradas se sirven todas en fuentes; los pasteles ó platos que deben comerse sumamente calientes se ponen dentro de las estufillas; los que no necesitan tanto calor, se sirven en fuentes cubiertas, y los otros, en fin, en fuentes comunes.

No se quitarán las entradas hasta que se vaya á servir el segundo cubierto.

Lomo de vaca con zanahorias.

Pónganse en una cazuela lonjas de tocino, zanahorias hechas ruedas, cebollas, peregil, sal, un vaso de vino blanco, otro de caldo del puchero y el lomo puesto de antemano en el adobo ya dicho; hágase cocer con fuerza entre dos fuegos, y luego redúzcase y cuélese la salsa; se le añade una española, y se sirve el lomo sobre un picadillo de acederas, achicorias, ó sobre un puré cualquiera ó una salsa de tomates, humedeciéndolo todo con su propia salsa.

Otro fricandó de vaca.

Se limpian bien unas lonjas de lomo de vaca, enharínense y fríanse en una sarten con lonjitas de tocino, y cuando ya se ha frito toda la carne, se freirá cebolla picada muy menuda y setas pequeñas secas, que se habrán tenido en remojo; luego se pasa todo á un puchero; se le echa agua, clavos, canela y sal; se tapará con un pucherito con agua y se dejará cocer despacio.

Solomillo con legumbres.

Méchese el solomillo de vaca, y se pondrá á cocer en una cazuela con manteca de puerco, una zanahoria, un par de cebollas, ajos, peregil, un vaso de vino, sal, clavo, pimienta y el caldo suficiente.

Solomillo con tomates.

Póngase una cazuela al fuego con manteca y unos dientes de ajo y peregil muy picado, échese tambien la carne y rehóguese bien; cuando ya lo esté, échense los tomates asados y pelados, sal y pimienta; al cabo de un rato se le añaden un par de cacillos de caldo y se deja que cueza; cuando ya esté á punto, se sirve colando la salsa antes.

Vaca con setas.

La mejor carne para este guisado es el solomillo, el cual se pondrá en una cazuela con manteca, y cuando esté ya de buen color se añadirán las setas y una cucharada de harina; désele aun unas vueltas y humedézcase con caldo, sazonándolo con sal y pimienta: déjese cocer y sírvase.

Estofado de vaca.

Se escogerá carne de pierna bien magra, y se cortará en pedazos cuadrados y bien iguales. Hágase rehogar en un puchero de boca estrecha con aceite, manteca ó tocino, y váyanse poniendo en un plato; luego con la grasa que ha quedado se rehogan tres ó cuatro cebollas enteras ó cortadas bien pequeñas, una cabeza de ajos entera ó un par de dientes majados, eso segun el gusto de cada uno; dos hojas de laurel, dos clavos de especia, un poco de orégano, una ramita de peregil, una rajita de canela, sal, un vaso de vino, ó una jícara de vinagre y la carne rehogada; se tapa el puchero con un papel de estraza en doble, y en vez de cobertera una cazuelita con agua, y se le dan vueltas de cuando en cuando con el mismo puchero, destapándolo lo menos que se pueda; cuando con la salsa se quieran hacer macarrones á la napolitana, se le añadirá el caldo suficiente.

Verja del coro de la Catedral de Cádiz.

Desde el momento en que nuestra Catedral adquirió la suntuosa sillería del coro que habia pertenecido á la cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla, cobraron nuevo ardor y brio las esperanza de que aquella notable obra se ilustrase mas y mas con una verja digna de su mérito, y que patentizase ademas el lisongero estado de adelanto de nuestras artes en la época presente, por mas que haya quienes, ó por caprichoso desden ó por ignorancia, no crean capaz á este siglo de otro progreso que del que tenga por objeto y fin algo que ataña al material interés.

Los generales deseos respecto á la nueva verja estaban sin embargo á punto de realizarse. El cómo y el por quién era entonces como lo es ahora el gran misterio. Todo lo que de ello se sabia, todo lo que en la actualidad se sabe es que la adquisicion de esta preciosa joya, con que se acaba de enriquecer nuestra bella basílica, se debe al dignísimo y virtuoso beneficiado de esta Santa Iglesia D. Benito Gil Ruiz, persona en quien el celo y la aptitud corren parejas con el desinterés y la modestia; persona en fin de todo Cádiz conocida, y de todo Cádiz por sus excelentes prendas apreciada. Esto es lo único que se sabe respecto á semejante punto: lo demás se ignora. Tome pues cada cual de los que á la alta obra han contribuido la parte de gratitud que nosotros no podemos asignarle: el ciego mendigo no agradece menos la limosna porque no vea al que se la da.

Con estos antecedentes, digamos ya alguna cosa de la parte histórica y descriptiva de la verja.

Los diseños y planos de ella fueron formados por el arquitecto D. Juan de la Vega y Correa, profesor de esta Escuela provincial de Bellas Artes, y artista de gusto tan acendrado como de profundos conocimientos en el arte que con tanta distincion egerce. Estos diseños y planos, á los que en primer término debe su mérito notabilísimo la nueva obra, fueron remitidos á la Academia de Bellas Artes, y por ella desde luego y sin alteracion ninguna aprobados.

Su estilo es el llamado del renacimiento en su

mejor época, por ser el que mas se presta á la belleza de esta clase de obras, el mas rico y digno para las que se destinan á los templos, y que ademas armoniza en cierta manera con el carácter de aquel en que debia colocarse.

Encargóse la egecucion al entendido é ingenioso industrial D. Manuel Grosso, propietario y director de los talleres de fundicion y cerragería establecidos en el ex-convento de los Descalzos de Sevilla, y de los cuales salen cada dia tantas y tan bien acabadas obras, bastantes á dar una ventajosísima idea del estado floreciente de la industria sevillana.

Tanto en la verja como en la crujía, á mas de la extraordinaria limpieza en la fundicion de los ornatos, son dignos de notar la exacta precision de los ajustes y el maravilloso enlace de las innumerables piezas que componen la obra. Baste decir que para armarla se han empleado mas de seis mil tornillos.

Todos los miembros de ornamentacion son fundidos, y las partes lisas y de enlaces de hierro forjado. Su peso total es de dos mil y doscientas arrobas.

Compónese la verja de cinco cuerpos en su altura. El primero lo forma un robusto zócalo ó basamento de tres pies y ocho pulgadas de alto, con balaustres de hierro que asientan sobre una basa corrida, y coronados por una cornisa de ocho pulgadas. Sobre esta se levanta el cuerpo principal, de once pies y diez pulgadas, compuesto de balaustres de elegante cuanto graciosa forma, enlazados por tres cavillas horizontales que penetran otros tantos dados que entre su ornamentacion lleva cada balaustre. Este cuerpo lo corona otra cornisa de nueve pulgadas y moderado vuelo, cubierta de ornatos de relieve en todos sus miembros. Sobre esta cornisa arranca el tercer cuerpo de tres piés y siete pulgadas, formado de ricos balaustres, y coronado de su correspondiente cornisa, mas sencilla que la anterior, y de siete pulgadas de altura. Sigue el cuarto cuerpo constituido por un friso de ornato calado, de dos piés y seis pulgadas, y sobre la ligera cornisa que lo termina arranca una elegante y magestuosa cresteria que presenta diferentes movimientos, con los cuales recibe forzosamente diversas alturas, siendo la de su centro de ocho pies y seis pulgadas, y formando un escudo de cartelage con el de esta Santa Iglesia, bien así como en los costados otros dos del mismo género con los bustos de los Santos Patronos Servando y German, modelados por el escultor D. Vicente Hernandez, profesor de la escuela de Sevilla.

Así el friso como la cresteria y los bajos relieves de las pilastras que dividen en tramos esta verja, por su gracioso dibujo, dulzura en sus contornos, artificio y caprichosa composicion, nos recuerdan los buenos tiempos de los célebres Berruguete y Gaspar Becerra.

Una gran parte del éxito de esta obra se debe á la inteligencia y talento del tallista sevillano D. José Vicente Hernandez, que ha sabido conservar el mayor relieve de los ornatos, sin perder nada de su efecto ni de sus mas pequeños accidentes.

Compónese la verja de una parte recta en el centro, de cuarenta y tres pies de largo, terminando por sus estremos en dos curvas de un cuarto de círculo de once pies y tres pulgadas de largo cada una; conteniendo toda la verja en desarrollo una longitud de sesenta y seis pies: su altura en el centro es de veinte y nueve pies; por los costados en curva veintisiete pies y siete pulgadas; en los intermedios veinte y tres pies y siete pulgadas.

Es de desear y de suponer que cuando se trate de pintar y dorar esta obra presida á ello el buen juicio artístico que se ha observado en su composicion y egecucion. De otro modo pudieran desaparecer embotados con la pintura los bellísimos y delicados ornatos que hoy en ella admiramos, y que constituyen una gran parte de su superior mérito.

Francisco Flores Arenas.

Nota sobre la segunda edicion de LA SOLEDAD, obra del célebre Zimmermann, traducida al castellano.

Con el presente número se distribuye el prospecto de la nueva edicion de esta obra, que por haberse agotado rápidamente la primera, ahora de nuevo sale á luz mejorada y corregida. Las considerables ventajas que para su adquisicion se conceden á nuestros suscritores, nos fuerza á decir dos palabras por si logran escitar su curiosidad ó interés.

No vamos á hablar del libro en sí mismo, porque además de no consentirlo la índole de este periódico, por él habla el éxito universal que alcanzó en la Europa entera cuando se publicó en 1756; éxito que no se ha desmentido ni por un momento en el espacio de mas de un siglo. Zimmermann fué médico, pero esta obra no es una obra de medicina, y por eso su lectura no se ha recintado á los hombres de la ciencia, ni siquiera á los eruditos. Todos la leen con placer, porque es la obra de un filósofo, pero sin que en ella se revele en manera alguna esa aridez dogmática, frecuentemente forzosa, ni esas abstracciones metafísicas que requieren gran contencion de espíritu, una larga costumbre adquirida en cierto género de estudios, y finalmente, una aptitud especial é innata. Un libro que ha sido traducido á todos los idiomas, que de él y de sus traducciones se ha agotado una edicion tras otra en prodigioso número, es y no puede dejar de ser, no solo de superior mérito, sino lo que es bien raro, grandemente popular además.

Pero si hay algo mas interesante que la obra, es el autor mismo; es Juan Jorge Zimmermann, médico del rey de Inglaterra, nacido en Brug, en el canton de Berna el 8 de Diciembre de 1728. Este célebre hijo de la Suiza estudió la medicina en Gotinga, bajo la direccion de Haller, en Ho-

landa bajo la de Gaubio, y finalmente en Paris bajo la de Senac, grandes prácticos los tres, los tres distinguidos escritores de la ciencia.

Su melancolía, que era sin duda en él un efecto de su temperamento, comenzó á desarrollarse con rapidez notable despues de volver á su pais natal; pero creció de una manera alarmante cuando vió á su hijo perder la razon, y perecer en sus propios brazos á su hija. Presa de terrores sin fundamento y de penas muy reales, Zimmerman se hizo decrépito mucho antes de tiempo, y espiró llorado de los sabios y de los hombres de bien el 7 de Octubre de 1795.

Muchas obras escribió; todas se conservan con aprecio. La de *La Soledad*, de la que es ahora cuestion, le proporcionó la honra singularísima de que la Emperatriz de Rusia, Catalina II, le enviase un magnífico regalo y una carta de su mano en la que lo invitaba á visitarla en su corte; cosa que él rehusó por causa de salud. Continuó, sin embargo, por espacio de seis años una frecuente correspondencia epistolar entre la soberana del norte y el humilde filósofo.

Cuéntase que llamado por Federico II enfermo, le dijo este: "Doctor, ¿cuántos hombres habeis muerto?" A lo que Zimmerman le respondió: „Señor, no tantos ni con mucho como V. M."

El dicho podrá no ser exacto, pero era una verdad como un templo.

Francisco Flores Arenas.

A ESPAÑA
EN LA GUERRA DE AFRICA. (1)

España, sin tregua alguna
lleva al Africa tus leyes:
tú que aprendiste en la cuna
ser solo Dios la fortuna
de los pueblos y los reyes.

Desde el Africa te envian
los que por la cruz lidiaban
el ¡ay! con que perecian,
diciendo que te adoraban
para decir que morian.

Tu pendon, que al moro aterra,
justo es que al fin enarboles:
quieren yacer tras la guerra,
no solo en cristiana tierra,
si no en tierra de españoles.

Triste en Africa es tu historia:
juzgarla afrenta es delirio:
si no fué para tu gloria
el laurel de la victoria,
fué la palma del martirio.

Alzate, pues; y esforzada,
del africano leon
la furia deja domada,
hablando á su corazon
con la lengua de la espada.

De otra nacion la grandeza,
naves, poder y tesoro,
no enfrenen, no, tu braveza:
mira que cubre con oro
la estátua de su pobreza.

Pobreza es de nobles hechos;
y así contrarias las dos,
triunfarás en tus derechos,
pues tus hijos en los pechos
llevan el nombre de Dios.

Dios contra el moro enemigo
por su causa peleará
yendo constante contigo,
de donde no partirá,
porque es tu mejor amigo.

Fuiste ciprés, que en el valle
á los cerros sobrepuja,
que aunque gima el viento ó calle,
siempre, cual marmórea aguja,
se abre hasta las nubes calle.

Solo al cielo es su mirar:
por eso no es de estrañar,
si al suelo huracan lo arroja,
ver que nunca se deshoja,
aunque se sienta tronchar.

De la tierra y mar profundo
terror la gente española
por su esfuerzo sin segundo,
de una parte estabas sola,
y de la otra parte el mundo.

Honor á la lid te llama,
el honor que te eterniza:
recuerda tu ilustre fama,
y revivirá la llama,
que el mundo juzga ceniza.

Mil jóvenes impacientes,
que de la guerra el ardor
aun no han sentido en las frentes,
no saben lo que es valor,
y ya los miras valientes.

Ostentando tu poder,
sabrán por tu honor lidiar,
sabrán por tu honor vencer:
sabrán hacerse querer,
despues de hacerse temblar.

Y probarán lo que vales
esos soldados noveles;
pues en batallas campales,
los desiertos arenales
bosques harán de laureles.

Al cantar la gloria suma,
con que á Grecia y Roma igualas,
présteme un genio sus galas,
de sus plumas una pluma
y el aliento de sus alas.

Flores ornarán hermosas
tus invencibles pendones,
cojidas por mas preciosas

(1) Cancion, leida en el Ateneo de Cádiz la noche del 18 de Noviembre.

en las cuevas pavorosas
de los tigres y leones.

Ya la Guerra, á quien invoca
tu acento, en potentes lazos
acude á abrazarte loca;
y al acojerte en tus brazos
lleva la espada en la boca.

No temas, no, si al besarte
quedas con su espada herida:
pues la tienes de tu parte
ella misma ha de sanarte
con la vida de su vida.

Tiempo es ya que te defiendas
contra un insulto tenaz:
si al valor sueltas las riendas,
tarde las bélicas tiendas
serán tálamos de paz.

Y tus enseñas divinas
pronto verán relucir
ciudades al mar vecinas,
y al triste moro acudir
solo á besar sus ruinas.

Despierta, España, despierta
tras sufrimientos prolijos:
el Africa, por tí abierta,
demostrará que tus hijos
no nacen de madre muerta.

Tus gigantes pensamientos
sagaz Inglaterra inquiere:
vanos serán sus intentos.
¿Quién con lazos parar quiere
las águilas en los vientos?

Dios, cuando al cielo subió,
nos dió mas bien que á los otros:
si la cruz no se llevó,
parece que la dejó
para enseña de nosotros.

Los tiempos admirarán
al pueblo rival de Roma;
y acaso por tí verán
ser el nombre de Mahoma
epitafio del Coran.

Lleva del suelo andaluz,
no el orgullo, no la saña,
sino de Cristo la luz.
Peleando por la cruz
torna, España, á ser España.

ADOLFO DE CASTRO.

MODAS DE PARIS.

Los trages de visitas y paseos son muy sencillos. Todas las señoras han empezado á ocuparse de los equipos de prima noche, que en esta estacion esceden á los otros en suntuosidad y en coquetería.

Para trages de vestir se conservan los volantes; pero las bellas guarniciones de capricho, en terciopelo ó pasamanería, serán de la mayor elegancia.

Los corpiños, que se hacen siempre en armonía con lo demás del vestido, deben entonces adornarse con una *mariscala*, tambien de punto de Hungría, con charreteras.

Estos adornos salen realmente de lo vulgar, y dan al vestido un sello de suprema aristocracia.

La casa Sorré-Delisle ha recibido sus surtidos de cintas de invierno para cinturones y guarniciones de trages de baile.

Los corpiños permanecen muy montantes y abotonados. Decididamente se abandonan las faldillas; pero los corpiños de punta se prefieren á los completamente redondos, que acortan de un modo horrible el talle y dan desgraciadas formas á las mujeres algo corpulentas.

Un talle redondo y un ahuecador hacen de una mujer gruesa un tonel.

La comparacion no es seductora, pero es exacta.

Muchas enaguas de seda negra se orlan con una ancha tira de terciopelo.

No se hacen ya dobles faldas para paseo ó visita.

Los corpiños se adornan mucho: las mangas se hacen de una estremada anchura por abajo.

Las mangas cerradas no se aceptan sino para trage de casa.

Los llamados *zuavos*, tienen actualmente un sello de coquetería especialísimo. Se les ha dado un cierto aire oriental bordándolos con cordoncillo de oro ó plata, como las chupillas que usan las sultanas en su harem. Nada mas lindo.

Con esto se pone por prendido una redecilla griega, de felpilla ó terciopelo del mismo color que el *zuavo*, y mezclada con oro, plata ó seda, segun la especie del bordado de aquel. No se necesita mas para estar adorable; se entiende, si la belleza y la juventud ayudan, porque á los cuarenta años no es cosa de jugar á la sultana.

Las confecciones se hacen amplias y largas. La casa Carton, tan nombrada hace años por sus bellas pieles, ha creado este año modelos de un esquisito gusto en telas calientes y sencillas. Entre ellos voy á señalaros los siguientes:

La capa *Duquesa*, de paño, con pelerina en punta, adornada con colgantes de azabache, y con mangas anchas.

La capa *Rusa*, con mangas de codo y vueltas, de un corte aristocrático y muy gracioso.

Otra enteramente guarnecida de astracan negro, piel hoy de moda.

Algunos modelos estaban orlados de astracan gris; tambien habia capas de terciopelo, adornadas con bellas pieles de marta ó zorrillo del Canadá.

Veamos los sombreros.

La casa Leroy-Mariton se ha sobrepujado á sí misma en la gracia y elegancia de sus creaciones nuevas. Son verdaderos prendidos de grandes señoras, coquetos sin afectacion, ricos sin profusion de adornos.

Citaré solo dos modelos.

El primero, de terciopelo real blanco, tiene el ala formando paños. A la izquierda tres plumas

blancas, de las cuales una va á enroscarse en el borde del ala.

En el interior, bandó-torcete de terciopelo punzó.

Segundo modelo.

De terciopelo verde Isly y terciopelo real blanco. Solo el ala es blanca.

Una espécie de banda de terciopelo verde atraviesa por el pié de la forma y va á flotar por ambos lados.

Esta banda está orlada de blonda blanca.

A la izquierda del sombrero hay una garzota de plumas blancas en hebras, que parte de una presilla de terciopelo verde.

En el interior, bandó de pensamiento de terciopelo.

Los prendidos de baile esperimentan á su vez las caprichosas fantasías de la moda. Las coronas de ramas cayendo hácia atrás eran muy graciosas, y sin embargo se asegura que solo obtendrán favor las guirnaldas redondas.

Hemos visto últimamente en casa de Guelot lindísimas cosas para guarniciones de trages, porque parece que las flores harán un gran papel en los brillantes equipos de suaré. Se proponen adornar con ellas las naguas y los corpiños.

El velillo *Clotilde* está siempre de moda: es un capricho que generalmente agrada. La casa Lutz fabrica un gran número de ellos en encage de Chantilly y en imitacion. Este modelo corona graciosamente un sombrero y suple por todo otro adorno.

Mme. Bénevey hace las alas de sus sombreros muy avanzadas sobre la frente: es un corte particular.

Citaré dos de sus sombreros que me han parecido muy lindos.

El primero, de blonda blanca á lunares, tenia un bavolet de terciopelo grosella. El ala estaba orlada de lo mismo: al lado izquierdo, un ramo de flores compuesto de dos rosas encarnadas y una blanca. En el interior, barbilleras de blonda blanca y bandó de terciopelo grosella.

El segundo era de terciopelo real malva.

A la izquierda de la forma, plumas del color del sombrero. En el interior del ala, barbilleras de blonda.

Las canas van á ser en adelante una rareza, porque el *Agua de la Florida*, que se emplea con tanto éxito, salvará á todos los que se sirvan de ella del disgusto de tenerlas. Esta es una inesperada dicha.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Bata para casa, de cachemira blanca forrada de seda malva y guarnecida con un tableado de cinta del mismo color: monillo alto fruncido por la espalda con un pequeño cuello redondo: mangas anchas abiertas y en el hombro lazo de cinta de dicho color con cabos largos: cinturon de lo mismo. Enaguas de percal con diez volantes festoneados y encima de cada feston cuatro pequeños pliegues. Camiseta de muselina con pechera: mangas formadas de un buche y puño vuelto. Papalina de encaje con cabos adornada de lazos de cinta malva. Pantufla de terciopelo blanco bordada de oro.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gró liso verde esmeralda adornado por abajo con seis plegados de la misma tela, colocando á la altura de 20 centímetros otros cuatro plegados: monillo redondo alto y abotonado: mangas pagodas, poco anchas, adornada como la enagua: manguito formado de un buche y puño vuelto. Abrigo de terciopelo negro con esclavina de encage de Hungría y guarnecida con un ancho fleco: manga con bota, cojida con rosetas de punto de Hungría de donde penden algunas bellotas de pasamanería. Pequeño cuello con botones. Sombrero de terciopelo verde adornado de plumas verdes y negras: en el interior del ala, hácia la derecha media guirnalda de flores de terciopelo punzó: cabos de cinta verde con listas negras.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Patron para pantalon de Sra. números 1 y 2.

Cortados los dos perniles conforme señala el nº 1, se pliega la tela comprendida entre las letras E. B. uniéndola á la pretina nº 2. El delantero es la parte marcada D. E. F., que como se vé, está mas escotada que la C. B. A. y unidos los dos perniles por el delantero E. D. queda formado el pantalon. La pretina se sujeta al corsé por medio de un ojal, cerrándose por detrás. Por abajo puede adornarse con un dobladillo ancho, colocándole encima cuatro pequeños pliegues.

Núm. 3 Pañuelo: al pasado y lunares.—4 Id.: id. rico, punto de pluma, id. de armas y calados variados. —5 Guarnicion: bordado inglés y al pasado.—6 y 7 Cuello y puño Breton: al pasado y lunares.—8 Guarnicion: al pasado y feston.—9 Esquina para pañuelo J. C.: id. y lunares.—10 Id. A. S. ligadas: al pasado.—11 Id. B. S.: id. y punto de armas.—12 Guarnicion: feston y ojetes.—13 y 14 Cuello y puño: bordado inglés.—15 Esquina para pañuelo, Rosa: id. y al pasado.—16 Embutido: id. id.—17 Esquina para pañuelo C. B.: al pasado.—18 Id. id. L. S. ligadas: al pasado rico ó bordado inglés.—19 y 20 Babucha: se borda con cordoncillo sobre paño, terciopelo ó piel. Si se quiere mas elegante puede hacerse de paño negro con sobrepuestos para lo cual se recorta el interior del dibujo de paño encarnado ó azul uniéndolo por medio de una cadeneta, bordándolo además con cordoncillo de oro.—21 y 22 Gorro griego: cordoncillo ó cadeneta sobre terciópelo ó casimir. Cualquiera de dichos bordados puede hacerse del mismo color que la tela, azul y bordado negro, ó negro y bordado verde oscuro: tambien puede hacerse de terciopelo y cordoncillo de oro. Para formarlo se le coloca en el interior un pedazo de muselina bien almidonada: las costuras se cubren con un pequeño alamar y en el centro del fondo se le pone una gran borla del mis-

mo color que se use para el bordado: el forro interior á gusto de la persona que lo haga.—23 Almohada: feston y ojetes rellenos.—24 Esquina para pañuelo A. A.: al pasado.—25 Juana Oñativia: id.—26 Matilde Verenguer: id.—27 Consuelo Gonzalez: id.—28 Dolores Burgos de Gabarró: id.—29 Romualda Paz de Marchesi: id.—30 Isabel Henderson: id.—31 Enriqueta Martinez de Hernandez: id.—32 M. N. id.—33 A. N.: id.—34 E. G.: id.—35 B. R.: id.—36 Juana Zarate: id.—37 Luisa Parejo: id.—38 Francisco Delgado: id.—39 V. H. R. ligadas: id.—40 M. H. R. id.: id.—41 G. H. R. id.: id.—42 E. M. Z. id.: id.—43 M. P.: id.—44 J. H.: id.—45 E. L. E. enlazadas: id.—46 Y. H. C. id.: id.

Monillo Zuavo, para Señora.

Esta prenda tan elegante como sencilla y al propósito para la presente estacion, se hará de paño lijero adornando la pechera, espalda y mangas con un lindo galon, análogo al que se usa para las verdaderas chaquetas zuavas, y las puntas con caireles de pasamanería del mismo color del galon, conforme indican los patrones.

Núm. 1 Delantero.—2 Espalda.—3 Costado.—4 Manga.

5 Babucha para bordar en tapicería: los colores están indicados junto al dibujo.—6 á 8 Embutidos: al pasado ó bordado inglés ó feston.—9 Julia: al pasado.—10 Matilde: id.—11 Cármen Martell: id.—12 Carolina: id.—13 Emilia: id.—14 Adelaida: id.—15 Esquina para pañuelo, María García Herrera: al pasado, bordado inglés, y calados.—16 Adela Alvarez: al pasado.—17 Elena: id.—18 Yanguas: id.—19 Panchita: id.—20 Relojera: puede bordarse de cordoncillo fino de oro sobre piel, ó de seda de colores sobre terciopelo.—21 José Jimenez: al pasado.—22 Donata Perez: id.—23 Ana Jimenez: id.—24 J. H. ligadas: id. y bordado inglés.—25 G. R. id.: id.—26 L. B.: id. y lunares.—27 H. V. R.: al pasado.—28 A. C.: id. y punto de armas.—29 A. J. ligadas: bordado inglés y al pasado.—30 Filomena P. Garces: al pasado y lunares.—31 A. L.: id. y bordado lijero.—32 Caridad Vargas: id.

A consecuencia de lo ocurrido con el corresponsal de esta empresa en Badajoz, ocurrencia de que dimos cuenta en nuestro número anterior, rogamos á los Sres. suscritores de dicho punto dirijan sus pedidos á nuestro Administrador, ó bien al Sr. D. Francisco Alvarez, calle Colcheros—Sevilla— ínterin nos proporcionamos otro corresponsal en dicho punto.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El tiempo domina la vida, las artes y edificios.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

